

CORPUS DEL
MONSTRUO
DE MONSERRATE

PODER Y DISCURSO

RAMIRO RODRÍGUEZ



UNIVERSIDAD COLEGIO
MAYOR DE CUNDINAMARCA
SELLO EDITORIAL

CORPUS DEL MONSTRUO
DE MONSERRATE

RAMIRO RODRÍGUEZ

**CORPUS DEL MONSTRUO
DE MONSERRATE**

Poder y discurso



**UNIVERSIDAD COLEGIO
MAYOR DE CUNDINAMARCA**

SELLO EDITORIAL

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Rodríguez, Ramiro, autor

El corpus del Monstruo de Monserrate / Ramiro Rodríguez. -- Bogotá: Sello Editorial Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, 2025.

páginas 80

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN 978-958-5198-35-7 -- 978-958-5198-36-4

1. Valencia Vargas, Freddy Armando, 1982- - Personalidad - Crítica e interpretación 2. Asesinos en serie - Aspectos socioeconómicos - Colombia 3. Delincuentes sexuales - Colombia 4. Conducta criminal - Aspectos sociales - Colombia

CDD: 364.1523209861 ed. 23

CO-BoBN- a1154022

© RAMIRO RODRÍGUEZ

© SELLO EDITORIAL UNIVERSIDAD COLEGIO MAYOR DE CUNDINAMARCA

Carrera 13 No. 38- 29, Edificio San Juan, noveno piso

selloeditorial@unicolmayor.edu.co

www.unicolmayor.edu.co

ISBN: 978-958-5198-35-7

ISBN e-book: 978-958-5198-36-4

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro por cualquier proceso reprográfico o fónico, especialmente por fotocopia, microfilme, offset o mimeógrafo.

Ley 23 de 1982

Corrección de estilo: VJ Romero

Diagramación electrónica: Yaneth Guarín A.

Diseño de portada: Vanessa Peña A.

Impresión: GRUPO EDITORIAL IBÁÑEZ

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	9
---------------------------	---

CORPUS DEL MONSTRUO DE MONSERRATE

EN EL DISCURSO	15
LOS COMPUESTOS DEL MONSTRUO	16
DISPOSITIVO MONSTRUO.....	19

EL OTRO MONSTRUO

.....	27
-------	----

EL MONSTRUO DESDE EL INDIVIDUO CRIMINAL

CONFIESO UN MONSTRUO.....	43
GUARDO AL MONSTRUO EN LO BUENO	44
CONFIESO QUE HE MATADO PARA ADVERTIR DE LOS RIESGOS BIOLÓGICOS QUE ENFRENTA LA VIDA	44

DEVENIR MONSTRUO DE MONSERRATE

BLOQUES DE DEVENIR.....	49
-------------------------	----

CRONOLOGÍA DE UN MONSTRUO

.....	59
-------	----

REFERENCIAS

.....	63
-------	----

ANEXOS

ANEXO A. ARTÍCULO DEL PERIÓDICO EL ESPECTADOR	67
ANEXO B. ARTÍCULO DE LA REVISTA SEMANA.....	73

INTRODUCCIÓN

Queríamos darle una forma definida al monstruo de Monserrate, mas por el camino nos convencimos de que, si había una forma de tal naturaleza, debíamos inmediatamente vérnosla con los monstruos del pasado, con las leyes sociales o naturales que le objetaban, con las representaciones que daban al monstruo una imagen asimilada a lo deforme, al mal, a lo bajo, a lo desbordante, a lo demoniaco.

Esto supuso dar vuelta a la tuerca, como en la novela de H. James¹ en que la forma deja de ser importante o trascendente para poder llevar al monstruo al nivel virtual, al de una incorporeidad de fuerzas en confluencia, porque en ese nivel lo virtual está en proceso de continua actualización, del que la forma monstruo tenía que resultar.

Como vuelta *a la tuerca*, la forma monstruo dejó de tener un punto de partida, y lo que estaba demasiado lejos ahora resultó cerca, de ahí surge la tesis que el monstruo sea una gestión de fuerzas de tipo disciplinario y biopolítico para consolidar un poder sobre el espacio de los cuerpos y de la población. La utilización de expertos en salud mental, especialistas en crímenes, periodistas, áulicos de la verdad, fue en gran parte el recurso económico que se estimó necesario para esta gestión calculada y eficiente de ese poder.

Todo el texto está orientado por ese plano virtual, al que también se puede llamar plano de consistencia o de inmanencia² y por cómo puede sustentarse o quizás alejarse de las cosas, al tener de entrada un plano de esta naturaleza. En este sentido, el monstruo de Monserrate conllevaría estas fuerzas en lo que tienen de actividad y capacidad reactiva: las primeras dejan ver el ser oscuro, indefinido, borroso, con *quantums* de criminalidad; la segunda, expulsa repulsión, repelencia. Estos dos afectos de las fuerzas, constituyen la potencia del monstruo o, para decirlo en términos más concretos, un monstruo es deformidad social, deformidad de conducta, deformidad física y, en este sentido, es como la forma lo hace visible y le da expresión.

¹ JAMES, Henry. *Otra vuelta a la tuerca*. Bogotá: Rei Andes, 1993.

² “Es una sección o una visión en corte de las multiplicidades moleculares, cuando no están todavía ligadas, cuando no están todavía prisioneras de una materia o una forma definidas”. (LAPOUJADE, David. *Deleuze los movimientos aberrantes*. Buenos Aires: Cactus, 2016, p.195).

Que haya recaído el monstruo en la forma de un individuo resalta el proceso de actualización en que entran las fuerzas disciplinarias y biopolíticas, y la importancia del azar, que obró para optar por este sujeto y no por otro que pudiera ser receptor de esos afectos activos y reactivos, para hacerlos luego extensivos a otros individuos, grupos, colectividades, que estuvieran por fuera de estas fuerzas.

Tomando la terminología kantiana, DELEUZE llama a este plano de fuerzas las condiciones de posibilidad *a priori* de nuestra experiencia, en una realidad dada en que el *a priori* no es otra cosa que la realidad de lo virtual, su afirmación, su devenir³.

El 15 de diciembre del 2015 se firma el acta del nacimiento del monstruo de Monserrate.

Y lo va a ser con un individuo que actualice, como se ha dicho, la relación activa y reactiva del poder biodisciplinario para el ejercicio de coaptación de la subjetividad y de las resistencias, que están por fuera de los circuitos del poder.

El monstruo de Monserrate resalta el ejercicio de este poder y de los afectos que van a efectuarse en el campo social, luego no podríamos hablar solamente del monstruo de Monserrate como ese individuo en particular, portador de las tres singularidades: origen oscuro, criminalidad, repulsión; es preciso también que se vea en otros individuos, colectividades, minorías desafectas. Estas cuestiones están dispuestas en ese escrito de la manera siguiente:

- Un plano de consistencia con las coordenadas que llevan al monstruo
- Determinación de las fuerzas que entran en ese plano
- El proceso de actualización en que se halla implicado
- Las formas de recepción y reacción en que se distribuyen las fuerzas
- Los efectos biopolíticos que conlleva la relación de poder conformada.

El monstruo de Monserrate, en la forma de matón de mujeres, conforma una relación de poder, de fuerzas activas y reactivas. Los discursos son los modos de expresión de esta relación, distribuyen en imágenes y en lo que dicen afectos de oscuridad, de criminalidad, de repulsión, definen quiénes son los que lo puede anunciar y dejar ver; de ahí a qué viene, en este escrito, el discurso de un experto en criminología o la entrevista por un especialista en comunicación. Finalmente, establecen de qué forma el poder les inviste para que pueda pasar los efectos biopolíticos a individuos, poblaciones.

³ ŽIŽEK, Slavoj. *Deleuze. En Ensayos sobre biopolítica: excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 2007, p.143.

El 15 de diciembre del 2015, se firma el acta del nacimiento del monstruo de Monserrate.

Que el poder haya necesitado revestir a agentes y discursos para que autenticaran este surgimiento, puede verse a lo largo del escrito porque portaban un saber que los facultaba para hacer constar que estaban ante un monstruo y no otra cosa.

Esta mecánica revela la fastuosidad de los discursos cuando van investidos de poder los ritos y ceremonia que los acompañan; la celebridad de los sujetos (periodistas, expertos), el halo de respeto que hacen ver en la tribuna desde la que lanzan sus afirmaciones. ¿No hay en todo ello una infamia del poder: hacer que a individuos, cosas, personas, instituciones, se les atribuya un poder saber, para hacer pasar por debajo una biopolítica?, ¿no representa ya una descalificación a la que llegan por ese poder que manifiestan?

Hay que ver, en todo esta infamia, las más audaces estrategias puestas a funcionar, basta señalar la que emprendió SAN AGUSTÍN⁴ cuando declaró el mal como un bien menor o la argucia de la psiquiatría y de las ciencias afines de poblar de pequeños monstruos los consultorios, para tener con qué clasificar el mal de los individuos y, de paso, justificar una intervención. Incluso habría también que recordar la bufonería capitalista que inventó sus propios monstruos fascistas, con sus ademanes, gesticulaciones, pasos desorbitantes, pretensiones de dominio planetarias, que no era distinta al culto de la personalidad practicada por las jerarquías comunistas. Tampoco se puede olvidar la bufonería biopolítica contra lo que representa un peligro biológico para la existencia de la población que llevó a la aniquilación absoluta de grupos, comunidades, colectivos, y que hoy cualquier mandatario investido de poder puede ejecutar en cualquier parte del mundo.

Ya en *Los anormales*, FOUCAULT había predicho lo grotesco en lo que dicen los discursos, y en quienes lo dicen: “en el punto, más brevemente en que se encuentra el tribunal y el sabio, donde se cruza la institución judicial y el saber médico o científico en general, en ese punto se formulan enunciados que tienen el *status* de discursos verdaderos, que poseen efectos judiciales considerables y que tienen la curiosa característica de ser ajenos a todas las reglas, aun las más elementales de formación del discurso científico; de ser ajenos también a las reglas del derecho y, como los textos que les leí hace un momento, grotescos en sentido estricto”⁵.

⁴ SAN AGUSTÍN. *Las Confesiones*, VII,12. Bogotá: Esquilo, 2000.

⁵ FOUCAULT, Michel *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 24-25.

Este trabajo no interpreta *objetivamente* el monstruo, por eso no hay una historia, ni una lectura sociológica, antropológica o psicológica que le sirva de fundamento; lo que no quiere decir tampoco que, por reacción, haya necesidad de adoptar una postura subjetiva, de hecho, todo el trabajo es dejar ver el funcionamiento de unos mecanismos de poder en el surgimiento del monstruo. En ese sentido, la primera parte del trabajo señala los efectos biopolíticos de las fuerzas puestas en relación, la manera como ejercen la seguridad para justificar el control de la vida, el desplazamiento que se hace del monstruo a lo que se resiste al poder, con el subsiguiente efecto reactivo que producen las masas como medio para ejercer prácticas de eliminar formas de vida autónomas, de minar toda resistencia, al fin y al cabo, el programa desde el cual el capitalismo ha desarrollado la defensa de sus poblaciones, creando monstruos para ejercer sus mecanismos biopolíticos.

Este funcionalismo del poder es el de un plano de consistencia en el que las fuerzas en relación están expuestas en estado puro, en *continuums* de intensidad, y por esta actividad inextensa, de solo circulación de singularidades, de velocidades variables, de cantidad de afectos, moleculares, incorpóreos, de actividad de una microfísica, es como “una batalla, algo así como una zona de turbulencia, o de huracán, en la que se agitan puntos singulares y relaciones de fuerzas entre esos puntos”⁶.

Y lo que plantea el trabajo, en una segunda parte, es que la causa inmanente de este plano está en actualizar las fuerzas de poder que se encuentran aún sin forma definida, y esta actualización es un devenir, que no es simplemente trasladar un plano virtual a lo real, sino producir una nueva realidad: la realidad de lo virtual. Lo que aquí llamamos bloque de devenir monstruo, es la materia intensiva y de afectos del plano de consistencia, que efectúa una nueva realidad, la del monstruo.

Y lo que destaca en una tercera parte, es lo que los discursos recogen: los efectos de este flujo de devenir monstruo y lo dejan ver en un individuo, a través de crear gestos, señas que lo definan en monstruo, de ahí la importancia que representa para su modelamiento lo oscuro, la conducta criminal o la repelencia. Pero más allá de una formalización, hay en un primer plano el trazo virtual del monstruo, con sus fuerzas de afectos activos, reactivos; un segundo plano, con los dispositivos de poder que los actualizan en discursos, aunque es importante aclarar que este plano virtual no forma una instancia superior, trascendente, que regiría a lo demás, sino que es una manera de ser de la realidad, el que sea

⁶ DELEUZE, Gilles. *Foucault*. Buenos Aires: Paidós, 2008, p. 156.

virtual, tal como el profesor CHALLENGER⁷ lo había anunciado en el “mundo perdido”, la composición de la materia inextensa, primaria variable, difusa, de movimientos aberrantes, agitando la estratificada tierra, por eso la cuestión del devenir se hace prioritaria en cuanto esta materia siempre está en proceso de crear un futuro, de hacer una nueva tierra.

Así lo señala LE CLÉZIO en la formación de la isla Rodrigues en medio del océano Indico: “la orientación, la forma del conjunto y los puntos sobresalientes de las costas son otras tantas pruebas de que la isla descrita a grandes rasgos por el plano es, efectivamente, Rodrigues”⁸.

De ahí la importancia de hacer una cronología del monstruo de Monserrate que logre percibir un proceso de actualización de las diferenciales de fuerzas, por ejemplo, evidenciar las fuerzas reactivas por la respuesta fascista de las masas, estableciendo el momento en que este hecho sucedió; cronología que incorpore también el ascenso y caída del monstruo de Monserrate, o para decirlo en boca del poder, el momento de su luz: cuánto tiempo fue expuesto y cuándo fue reducido a la oscuridad.

Dejamos al final el artículo unas entrevistas, sobre las cuales pudimos ver y sentir ese devenir monstruo, las fuerzas que lo movían, los intereses que lo impulsaban, el cuerpo en que se había tornado, el azar que supuso.

⁷ DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 2012.

⁸ Jean Mari Gustave Le Clézio. *Viaje a Rodrigues*. Bogotá: La Otra Orilla, 2008, p. 75.

CORPUS DEL MONSTRUO DE MONSERRATE

EN EL DISCURSO

En Bogotá a finales del 2015, un individuo confiesa haber asesinado a unas mujeres, confiesa haberlas enterrado al pie de la casucha donde vivía. El individuo se identificó como asiduo visitante del cerro de Monserrate, de la calle Bronx, del Cartucho. La presentación del sujeto en los noticieros de televisión, la intervención de psiquiatras, médicos, policías, fiscales, abogados, la amplia difusión en periódicos, revistas, noticieros de televisión, redes informáticas, posibilitaron que el asesino tomara una fase extraña, pero no desconocida: la del monstruo. ¿Cómo pudo llegarse a calificar de monstruo a este sujeto? ¿Es posible considerar la existencia de una voluntad discursiva, que permitió que el monstruo saliera a flote, para encarnarse en un sujeto anónimo? Pero este monstruo que se ve salir, nada tiene de sus congéneres históricos, que interrogaban con su sola presencia el mundo natural y social, es más, un monstruo des-potenciado, inofensivo, rendido a la mísera condición de representar el papel de un criminal de poca monta. ¿No hay en todo esto el ejercicio de un poder que reduce al monstruo a una fase ridícula, risible, banal, sin grandes pretensiones, para que arrase cualquier resistencia con bates de megavelocidades, para así hacer transitar efectos biodisciplinarios a esa inmensa red neuronal de la población, llamada así porque “reacciona de manera refleja a los estímulos que le son dirigidos”?

El monstruo de Monserrate, como lo pone el poder, es corte a flujos de criminalidad, neutralización de lo que trae de perturbador, una axiomatización de las deformidades del capitalismo, sobrefacturación de los códigos vigentes, en últimas, lo que destila disciplina y gobierno. El monstruo se sustancializa de las singularidades de ciertos crímenes, de quién lo hizo, de dónde viene, cómo se hizo, con qué se llevó a cabo, para luego anatomizar estas singularidades en individuos, grupos, minorías, resistentes a terminar en población, constituyendo

¹ Brian Masumi, citado por Mauricio Lazzarato. *El Funcionamiento de los signos y de las semióticas en el capitalismo contemporáneo*. Palabra Clave, vol. 15, n.º 3, pp. 713-725. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0122-82852012000300017.

un teatro cotidiano de la anormalidad, desde el cual introducir un campo de acción psicológico, judicial, policivo, médico, etc.

Los discursos dicen todo lo que tienen que decir, dejan ver todo lo que tienen de ver. Enuncian y visibilizan. Imágenes y anuncios que sobresaturan el suceso criminal son operados por máquinas policivas, judiciales, psiquiátricas, medios de comunicación, internet, etc. La intensidad con que se construye el monstruo tiene en estos dispositivos un curso: comienzo, desarrollo, clímax, declive.

De ahí el porqué del monstruo. Producir biodisciplina. Mediante los discursos pierde el carácter antinatural que antaño calificaba como lo que objetaba o desbordaba la naturaleza. Hace que pase del desorden de la naturaleza, al orden de la sociedad, que consiga realidad a costa de fijarlo en el criminal más que en el crimen. Un paso de lo anormal a lo normal. Cualquier cuerpo, conducta, signo, conciencia, puede ser calificado de monstruo. La única condición es que sea coaptado por esos dispositivos de poder mediante la proliferación discursiva de lo mismo.

LOS COMPUESTOS DEL MONSTRUO

Que sea un monstruo puesto en un criminal de poca monta, está en la manera como los discursos lo constituyeron. Armazón con múltiples cabezas. Que esté en la cabeza de la psiquiatría, de la jurisprudencia, del médico, del policía, del ciudadano común, muestra algo sorprendente, que el monstruo es una hidra compleja. En el fondo, difusividad, incoherencia, aberración, trivialidad. Que tenga menos genético o que se deba a un origen, explica que su devenir no debe situarse en el más allá, sino en el más acá. Aquí donde no tiene significaciones, ni fantasmas, ni terrores. Por eso el monstruo de Monserrate es lo asignificante, e insignificante, lo más ordinario que se haya puesto a circular con tanta fascinación y crueldad. A ninguna de esas cabezas trocadas de expertos se les puede tachar de incoherentes, no porque no tuvieran la capacidad de definirlo, sino porque en el fondo, lo que ponía movimiento era un poder que se enmascara bajo el rostro del monstruo de Monserrate, un poder cuyo máximo ejercicio era penetrar con esos discursos de procedencia distinta, que poseían técnicas particulares, que actuaban en la mente de los individuos de manera continua, estos discursos ahora podían ser tomados para que el poder pudiera traspasar unos efectos hacia esa inmensa red neuronal, cuyo atributo más especial es que puede reaccionar de manera refleja a los estímulos que le fueran dirigidos.

Y que más que tomar a un criminal –que venía de la calle el Cartucho, del peligroso barrio Bronx– bajo las narices de los poderes centrales, para achacarle la condición de monstruo a quien menos se lo merecía. Pero ¿por qué no quiso este poder que no fueran los paramilitares, los guerrilleros, los militares, con sus

miles de muertos a la espalda, quienes tuvieran la catalogación de monstruos, si no es, acaso, porque estos ya habían infundido terror y miedo a esa red neuronal, ya habían hecho su tarea de dociliarla e infundirle los algoritmos de seguridad, patria, corazón? Ahora, el poder necesitaba un individuo menos político, menos sangriento, menos famoso, alguien anónimo, que se le ocurrió matar y enterrar a sus víctimas en los montes, ya no de María, sino del Señor del Monserrate. Necesitaba un hombre infame, un cualquiera, que había asesinado a más de veinte mujeres en las propias narices de todos.

Quizás el poder, hastiado de tanto horror por quienes detentaban el poder, decide poner a hablar a todo el mundo de la muerte de veinte mujeres a manos de un hampón –si con ese nombre señala al lumpen ciudadano, que mata, roba, viola– para abrir esa red neuronal y nerviosa a nuevas estrategias que liberen el terror, el miedo sembrados. Y de tanto hablar, ya es un monstruo hecho y derecho. Un monstruo de papel, que no hace daño a nadie, pero no por ello capaz de lograr un ejercicio de poder menos retardatario, menos concentrado, más molecular, disperso, singular, pero por ello más intenso, de efectos, capaz de penetrar imperceptiblemente en la psiquis de los individuos, para ejercer su poder de gobernar, sin los atavismos de miedo y terror que los poderes de partido, de clase, habían logrado legitimar. Este monstruo que toma forma en el criminal, difuso, sin sentido, ni significación, ni procedencia, no hay que verlo saliendo de los crímenes, ni en su crueldad, ni en sangre fría, sino en la teratología discursiva que lo impone, dentro de una estrategia de poder que hace de monstruo a un empedernido criminal de mujeres.

Sin duda, con tales intenciones, lo único que podría asirse al monstruo de Monserrate es la risa que provoca que el azar haya elegido a este individuo en lugar de otro para hacer de monstruo, y más cuando procede de la más baja estofa, este individuo despreciable, marginado, a simple vista incapaz de matar a una mosca. En realidad, hay un tartufismo en que el poder haya apelado a un individuo sin lustro, para que monte la escena del monstruo, pero lo son más los discursos de las cabezas trocadas, que salieron a flote cuando practicaron el examen a la cabeza del criminal.

Lo que no puede dejarse a un lado es que el despliegue de este poder, distinto de los poderes que tienen como fondo una dirección centralizada o dominan mediante el monopolio de saberes, tenga de blanco a los individuos, conformando unidades disciplinadas o distribuidas en población, para el fin supremo de gobernar. En ello está su dominio: gobernar mediante mecanismos basados en el control, la vigilancia o con dispositivos de seguridad, empeñados en gestionar la vida.

Para un gobierno de esta naturaleza se producen monstruos, como el de Monserrate, monstruos que hagan más tangible la producción de individuos

normales y poblaciones equilibradas. Sobre todo en dos sentidos: por un lado, control de la conducta mediante la capacidad de prever “lo que son capaces de hacer o están a punto de hacer” y de “instituciones de control del comportamiento en el mismo instante en que se manifiesta”², por el otro lado, poner la vida por encima de los demás derechos, ejercer acciones que busquen en esencia hacerla fuerte, productiva. La importancia de las campañas políticas, la promoción de la salud, las campañas de ahorro, vivienda, los seguros de vida, accidente etc., tiene como punto de partida el que se pueda hacer control de la vida. Que el monstruo de Monserrate constituya un modelo bajo el cual se pueden realizar múltiples operaciones biopolíticas de manera desoxigenada, es que su aparición provocó una corriente maloliente de aire hacia el individuo criminal, para luego extender sus vahos a otros individuos o grupos marginales.

Una mecánica biopolítica es lograr exorcizar sus demonios o los que se resisten a ser sujetos a una población, produciendo anormalidades como la del monstruo de Monserrate, con el que puedan reasegurarse los dos mandatos de la biopolítica: disciplinar individuos para ser población. De la mano de la biopolítica hay un monstruo, indeseable, miserable, maloliente, ínfimo, despreciable, antitético, antipático, al que se agrega lo criminal. Es su estrategia hacer posible una población sobre la base de repeler a individuos que por naturaleza son antitéticos. Lo que hay de criminal, es otro compuesto. Tengan un individuo de la más baja estirpe, al que le ponen peligrosidad por los crímenes que ha cometido y encima algo de repelencia, rechazo, sinsabor, con toda seguridad tendrán un monstruo.

Que fuera este individuo el monstruo y no otro, está en los compuestos utilizados: que los crímenes fueran descubiertos, que un individuo los haya confesado, que ocurrió en las faldas del cerro de Monserrate, que fueran mujeres las víctimas, que como tipo, tenía un aspecto aborrecible. En ello se devela un aparato de escritura. Lo que dijo la policía, los abogados de oficio, los medios de comunicación, el conjunto de la población fue escrito, descrito, divulgado, rebotado en imágenes, puesto a circular en periódicos, revistas, canales de televisión, redes de internet, etc.

Lo que se ha visto es que el monstruo de Monserrate constituye el instante en que las fuerzas biodisciplinarias buscan nuevos tipos o distintas formas para hacer pasar sus efectos. Que busquen en lo banal, lo desagradable, criminal, marginal, en un habitante de calle, asesino de mujeres, es más una de las tantas formas que el poder inventa para lograr dominio en el campo social. ¿Habría pasado lo mismo si las víctimas hubieran sido niños? Sin duda que sí. Para el poder, y para las fuerzas que se están identificando, al relacionar sujeto peligroso con el llamado

² FOUCAULT, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa, 2011, pp.101-102.

monstruo de Monserrate, es evidente que el impacto es mucho más grande en mujeres o niños, que no hombres, particularmente en un campo social donde, de todos es sabido, se matan más hombres que mujeres. Hay que caer en la cuenta de que el trabajo del poder de la biodisciplina es imponer sus mecanismos sobre la red neuronal que anuda la población para que responda a los estímulos que le son dirigidos, y que más que en mujeres asesinadas, así estas provengan del mismo contexto marginal del que salió el asesino, porque en el fondo lo que las fuerzas mueven es una energía emocional que surge del imaginario de la mujer indefensa, de la niña que lleva adentro, de la madre, asesinadas por un monstruo. La solución final de la pena de muerte o de la cadena perpetua es consecuencia del motor emocional con que la población va a responder para dar curso a las operaciones biopolíticas.

Lo que incardina este florecimiento emocional, es el surgimiento del individuo peligroso detrás de la forma monstruo, capaz de enjambrarse en las masas, en flujos de monstruosidad, en *quantum* de criminalidad, en vahos eugenésicos, para dirigirlo hacia grupos cuya resistencia a los poderes se convierte en blanco perfecto para estatuirle el signo de la peligrosidad. “Así la gran noción de criminalidad y la penalidad de finales del siglo XIX, fue el escandaloso concepto, en términos de teoría penal, de peligrosidad. La noción de peligrosidad significa que el individuo debe ser considerado por la sociedad según sus virtualidades y no de sus actos, no por las infracciones efectivas de una ley también efectiva, sino por las virtualidades del comportamiento que ellas representan”³.

Enmascaramiento de la peligrosidad, que hace el monstruo de Monserrate, al desplazarlo a la población, donde la conservación de la vida se ha hecho vital. Enmascaramiento en un dispositivo que asegura que el peligro se reactualice, ya en la seguridad, al considerarlo dato para ejercer con él, operaciones, cálculos, costos, ya en la biodisciplina, el recurso para ejercer el derecho de matar para salvaguardar el derecho a la vida, reverso del dejar vivir, hacer morir. Este dispositivo lleva “por un lado, agenciamiento maquinístico de cuerpos, acciones y pasiones, mezcla de cuerpos, que reaccionan unos sobre otros, por otro lado, agenciamiento colectivo de enunciación de actos y enunciados, transformaciones incorpóreas que se atribuyen a los cuerpos”⁴.

DISPOSITIVO MONSTRUO

Un dispositivo de tipo monstruo de Monserrate, presenta la particularidad de situar materias, cuerpos, acciones, conductas, en microespacios, donde solo puede

³ FOUCAULT, Michel. *La verdad y formas jurídicas*. p. 102.

⁴ ZOURABICHULLI, François. *El vocabulario de Deleuze*. Buenos Aires: Atuel, 2007, p. 16.

ejercer control abierto hacia los cuerpos o la población. Este énfasis territorial permite retener cosas, cuerpos, pasiones, conductas, individuos, mediante un régimen de signos, cuyo objeto es suministrar significaciones de las cosas y ofrecerlo como lo verdadero. Toda la ebullición de cuerpos está dada por esas cargas de objetos y significaciones que pone a funcionar un dispositivo, como respuesta a la continua exposición a que son sometidos.

Este dispositivo actúa sobre ciertas cosas, ciertos cuerpos, ciertos colectivos, cuya exclusión de la totalidad, les ha hecho aparecer enfundados de peligrosidad, criminalidad o cualquier otro apelativo que sirva de calificación a lo que suena a excluido; da cuerpo a gestos, miradas, para que despierten inmediatamente, rechazo, animadversión, repulsión y actúa produciendo al monstruo mediante esas tres formas de ser. Que lo haya puesto en este individuo, no quita que en cualquier instante se reproduzca en otros rostros, en otros cuerpos. De este dispositivo, lo que más habría que dar cuenta es de los discursos que se producen, discursos de factura distinta, que delinean al monstruo. No hay un monstruo, sino monstruos. Cada frase, palabra, proposición, juicio, lo produce. Saturación del monstruo por desborde discursivo. Encadenamiento de lo mismo, por exclusión, criminalidad, odio.

Lo que no impide que las fuerzas biopolíticas orienten los discursos para que se hable del monstruo, inciden para producir significaciones o hacer circular imágenes del monstruo sobrefacturando la realidad. Multiplicidad de textos, imágenes. Sobresaturación que da realidad al monstruo.

Hay que decirlo de una vez, un dispositivo impone una tarea cualquiera a una multiplicidad cualquiera, “pero no en cuanto se resumen en cuerpos, sino en la medida en que forma, al contrario, una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida”⁵.

Pero ¿cómo presenta el dispositivo monstruo de Monserrate, el poder biopolítico? Sin duda no tiene los ritos ceremoniales con que otros dispositivos manifiestan el poder, así la fórmula del monstruo es la menos vistosa, la más trivial, la más degradada, al contrario de los grandes monstruos antropófagos del pasado que requerían un individuo excepcional: Nerón, Sade, Lautréamont, etc. De este monstruo, que lleva en sí las virtualidades del individuo peligroso, debe contentarse con tomar forma en un anónimo criminal. Preferencia por lo que tiene alguien de oscuro, obseso, violador, ladrón, criminal que pululan en el mapa de las perversiones de la cotidianidad, para asignarle la función de cargar al monstruo, a fin de transponer su política de control masivo. Anudar un monstruo no puede

⁵ FOUCAULT, Michel. *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 220.

ser considerado un defecto, sino un recurso económico de alto poder. Poner a la luz (de la razón, de la justicia, del saber científico) conductas, comportamientos, que llevan el sello de peligrosidad, para ejercer control y gestión biopolítica sobre el resto de conductas para luego, cuando hayan logrado los efectos, sumergirlas en una cárcel, un hospicio.

En la lógica de operar sobre las virtualidades de la conducta, desde el mismo instante en que se manifiestan hasta llegar a preverlas, está el control disciplinario que implica hacer vigilancia, examen, imponer un castigo, pero también en un nivel expresivo, el recurso de dotar de significados o de signos asignificantes que hagan admisible el control individual en el mismo instante en que se manifiesta, o biopolíticamente hacer factible una conducta normal, que se mantenga como una media poblacional deseable.

“El registro maquínico de la producción semiótica del capital, funciona sobre la base de semióticas asignificantes de los signos que, en vez de producir un significado, provocan una acción, una reacción, un comportamiento, una actitud, una postura. Estas semióticas no significan, pero ponen en movimiento, activan”⁶.

Imágenes icónicas del criminal detenido, descripciones de su crimen, el origen de su actividad delictiva, del macabro rostro del individuo, son apoteósicas, maratónicas, reales, preparadas para alcanzar la psiquis individual y colectiva con el recurso del peligro que representa lo desregulado, singular, bizarro, reacio o, por el contrario, legitimando una conducta ideal, adversa a la infracción, obsesa de normalidad y normalización.

Este ver y decir hace que el monstruo se vea en un violador, en un atracador de barrio, en una banda de ladrones o en grupos, colectividades distantes del poder o que se utilice una máquina de escritura, para formalizarlo, delinearlo, tipificarlo, difundirlo. Surge una necesidad obsesiva de controlar y ser controlado. Un micro-fascismo de corazón. “En lugar de ser una política y una economía de guerra, el neofascismo es una alianza mundial para la seguridad, para la administración de una “paz” no menos terrible, con una organización coordinada de todos los pequeños miedos, de todas las pequeñas angustias que hacen de nosotros unos micro-fascistas, encargados de sofocar el menor gesto, la menor cosa o la menor palabra discordante en nuestras calles, en nuestros barrios y hasta en nuestros cines”⁷.

⁶ MASUMI, Brian, citado por Mauricio Lazzarato. *El Funcionamiento de los signos y de las semióticas en el capitalismo contemporáneo*. Palabra Clave, vol. 15, n.º 3, pp. 713-725.

⁷ DELEUZE, Gilles. *Dos regímenes de locos*. Valencia: Pre-Textos, Valencia, 2007, p. 133.

Hay en el fondo de todo esto una puesta tragicómica del dispositivo. Que el monstruo lo haya sacado de lo oscuro, aborrecible, criminal, y no de la ley, la naturaleza, el universo entero, es ya de por sí trágico o que los discursos que puso a circular estaban por fuera de los discursos científicos, es todavía más trágico. Sin embargo, hay algo irónico, no solo en lo que se dice, sino en quien lo dice, como si estuviéramos frente a un discurso hecho de retazos: un poquito de allí, un poquito de allá, sin duda juntados por el individuo menos capacitado para hacerlo, pero que, atiborrado de poder, el discurso los pasa como verdaderos.

Hay que ver la seriedad con que saca al monstruo de una mente enferma, hay que ver la forma del castigo que impone, hay que ver la salvación que propone, para darse cuenta de que el monstruo no está en un delincuente, sino en la monstruosidad de lo que el discurso pronuncia. Esta tragicomedia no es error ni falta, es más un procedimiento, para fabricar, desde lo que está descalificado, discursos que llegan a tener visos de científicidad.

“El poder político, al menos en ciertas sociedades y, en todo caso, en la nuestra, puede darse y se dio, efectivamente, la posibilidad de hacer transmitir sus efectos, mucho más, de encontrar el origen de sus efectos, en un lugar que es manifiesta, explícita, voluntariamente descalificado por lo odioso, lo infame, lo ridículo”⁸.

Esto tragicómico discursivo se enlaza a la salvación que promete desde la condena absoluta, que asegure al monstruo en una cárcel de por vida, hasta la intervención de la conducta individual, que asegure una liberación absoluta, proponiendo paraísos artificiales. La obsesión por el control de la vida termina viendo monstruos en el otro o construyendo monstruosidades como la liquidación de individuos, pueblos reacios a terminar en el poder. “La delincuencia, con los agentes ocultos que procura, pero también con el rastrellado generalizado que autoriza, constituye un medio de vigilancia perpetua sobre la población, un aparato que permite controlar a través de los propios delincuentes todo el campo social”⁹.

Enseñar, corregir, castigar, sanar, normalizar: salvan; matar, delinquir, violar: condenan. Los buenos muchachos de este lado, en la otra esquina, los malos. Aunque los malos son los que incitan a hacer biodisciplina, mientras los buenos están dedicados a cazar monstruos, no es raro que se tenga que exponer su maldad, por impactos continuos de partículas de crimen, de repulsa, de condición social, contra la red neuronal de los “que en su mayor parte no entienden nada, sino inexplicables pantomimas y ruido”¹⁰, para que reactiven sus hormonas micro-fascistas, convirtiendo un monstruo de lo bajo, criminal, repulsivo.

⁸ FOUCAULT, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. p. 25.

⁹ FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI Editores, 1987, p. 287.

¹⁰ Alocución empleada por Hamlet, en la tragedia de Shakespeare.

Este hacer biodisciplina, con el hacer vivir, dejar morir, principio que es el anverso del de matar para poder vivir. Que se tome al monstruo, para ejercer esta política, es inmanente al dispositivo monstruo. Es su poder. Lo que despliega. Ajustar los cuerpos para que se comporten población. Como dispositivo, hace de la seguridad, lo que ajusta cualquier cosa a una normalidad. Por ejemplo, cuando se desborda la criminalidad, se inventan monstruos para ajustar a los buenos a tener una conducta saludable o para ajustar los índices de criminalidad, los índices de racismo, de pobreza, a una media poblacional. El control de la conducta individual y colectiva es lograr hacer el dispositivo monstruo. Tiene para eso, la técnica panóptica, que, “ya no es pues “ver sin ser visto” sino imponer una conducta cualquiera a una multiplicidad humana cualquiera. Solo es necesario que la multiplicidad considerada sea reducida, incluida en un espacio restringido, y que la imposición de una conducta se realice por distribución del espacio, ordenación y serialización en el tiempo, composición en el espacio tiempo”¹¹.

Esta tarea de imponer un control permanente se vuelve prioritaria. Está en la escuela cuando enseña, en el hospital cuando sana, en la cárcel cuando reforma, en la empresa cuando se trabaja, está en un gesto, en una maniobra, en un juicio, en la práctica del examen. No requiere tener un nombre para ejecutarlo, ni es ejercicio solo de una autoridad. En cualquier punto del campo social habrá algo, alguien que lo ejerza. Su fuerza radica en que se vuelve deseable. De ahí por qué la obediencia viene a ser su correlato. De ahí por qué tantos se ofrecen al sacrificio de una familia, de un empleo, de una causa, de una vida.

Al acudir un monstruo, no quiere decir que el poder sobre la conducta haya perdido fuerza, ni que los mecanismos puestos a funcionar tengan alguna avería que lo justificara. El monstruo parte de una estrategia del poder, que busca hacer tránsito, mediante lo “odioso, lo infame, lo ridículo”¹², utilizando el saber, sobre todo el que tiene pretensiones de científicidad, con categorías que apuntan a una anomalía en la naturaleza humana de tipo psíquico o del individuo peligroso.

En este sentido, la baja procedencia social, la criminalidad, la repulsión con que se viene caracterizando al monstruo, constituyen un medio de hacer operativa la mecánica del poder biopolítico, y para lograrlo emplea una multiplicidad discursiva y de imágenes del individuo, para que se vea un monstruo. En esa estrategia importa mucho la saturación, el exceso, la velocidad con que se transmiten las dimensiones del monstruo: oscuridad, criminalidad, repulsión, porque de ello depende que los mecanismos del poder biopolítico comiencen a efectuar sus procedimientos como respuesta a las anomalías que hace reflejar el monstruo.

¹¹ DELEUZE, Gilles. *Foucault*. p. 60.

¹² FOUCAULT, Michel. *Los anormales*. p. 25.

Y se da el nombre de monstruo de Monserrate, del bosque donde el sujeto oculta el cuerpo de sus víctimas, que lo hayan puesto por una sospecha, por el olor que emanaba, por sus repetidas idas y salidas, por los gestos, la mirada, por el hablar, esto bajo, oscuro, sin nombre, exótico a la hora de matar, constituyen el material para que la disciplina y la biopolítica le hayan dado ese nombre. Una política de gestión sobre la vida, ejercida desde un monstruo, no difiere de la que pueden ejercer otros dispositivos de control, la cuestión que aquí nos detiene está en la forma en que se emplea la procedencia oscura del individuo, su criminalidad, la repulsión, para montar un monstruo, y con él imponer unas materias y funciones de control absoluto de los individuos.

Así, la respuesta del poder biopolítico, con el monstruo, avanza hacia conformar un tipo de vida libre de virus patógenos, que justifique eliminar su peligro y en este sentido termina siendo un dispositivo de seguridad que busca, mediante el cálculo y la reflexión, un estilo de vida reactivo contra todo aquello que tenga una procedencia baja, criminal y por entero aborrecible.

De hecho, cualquier movimiento que aparezca, con visos de andar por fuera del modelo de vida controlable, termina siendo asimilado a las condiciones del monstruo que justifique su eliminación, un derecho que toma la vida de protegerse contra cualquier virus patógeno.

Allí se encontrará con el pueblo, se encontrará con movimientos de masas, con individuos inconformes, allí es como se puede ejercer biopolítica, colocando lo que se opone a la vida a todo cuanto presente de irregular, singular, desviado, y en esa medida erigirse como mecanismo de seguridad de la población, dada una, “multiplicidad de hombres, pero no en cuanto resumen cuerpos, sino en la medida en que forma, al contrario, una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad”¹³.

Con esta masa disciplinada, se tiene cómo ejercitar el derecho al dominio de la vida, introduciendo el control mediante el cálculo de probabilidades, por ejemplo, calcular la existencia con base en unos estándares de salud, bienestar, seguridad, confort, consumo, duración o calcular la muerte mediante la utilización de estadísticas, de seguros de vida, de muerte, y sobre esas cifras, meditar procesos regulativos.

El control biopolítico será abierto, apetecible, sin resistencias, ininterrumpido, estará del lado de la vida, y no tendrá objeciones, porque el principio de

¹³ FOUCAULT, Michel. *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2008, p. 20.

hacer vivir lo impide. Para dar una idea de cómo la biopolítica maneja, por ejemplo, la cuestión de la enfermedad en este contexto vital, bastaría considerarla dentro de un cálculo por los efectos a nivel de costos de las incapacidades que produce, el establecimiento de una media estadística de duración de la enfermedad, más allá de la cual no se puede pasar, la importancia que empiezan a adquirir las instituciones de salud, los expertos, médicos, pedagogos, con sus métodos de intervención.

En esta atmósfera incandescente de meditaciones y mediciones sobre la vida, los discursos del monstruo no dejaron de producirse, basta señalar la permanente exposición en distintos medios de los crímenes, del cinismo con que los cometió, la revelación de los rasgos ocultos de su psiquis, de las malformaciones sociales que tenía, del aspecto degenerado que presentaba, constituyendo un teatro discursivo, donde la sangre, la crueldad y el asesinato se mezclaron abiertamente con las formas de seducción y engaño que el monstruo empleó para atraer a sus víctimas, o con la prácticas sexuales y necrológicas con que fue expuesto para la comidilla diaria de los habitantes de la ciudad.

La producción semiótica de imágenes y discursos de distinta procedencia, desplegada por el poder biopolítico, buscaba, en esencia, producir una respuesta, un comportamiento, una reacción, del conjunto social que hiciera admisible y tolerable la formulación de políticas de seguridad sobre la población. Esta política de seguridad sobre la vida fue la que dio paso el monstruo de Monserrate, que, como hemos insistido, le haya tocado ejercerla por lo más bajo, por la criminalidad de un individuo, es más cuestión de procedimientos, ya que al poder solo le importa cómo ejercer eficientemente sus mecanismos biopolíticos y disciplinarios, extrayendo un individuo a la luz, resaltando sus matanzas, su aspecto indeseable, para hacer factible el derecho de conservar la vida de la población.

Un dispositivo monstruo pone a elaborar cálculos, predicciones, estimaciones de los fenómenos de población cuando entran a niveles de riesgo, peligro o crisis; sirve para que se promueva el ejercicio del derecho que tiene una sociedad de proteger a sus habitantes de grupos e individuos peligrosos, así como frente a conductas potencialmente riesgosas; reactiva el miedo de poblaciones ante el surgimiento desproporcionado de la criminalidad, la violencia cotidiana, la inseguridad, etc., que lleve a la intervención de agentes y políticas, con la promesa de salvación social; sirve para imponer a las masas ejercicios de regulación de la vida cotidiana; reactiva la sensibilidad de dispositivos familiares, religiosos, políticos, para que respondan positivamente a la aplicación de leyes que endurezcan el castigo de la conducta desviada; moviliza el discurso de expertos, psiquiatras, jueces, periodistas, etc., colocando la imagen de un monstruo detrás de toda desviación, lo que haría a cualquiera susceptible de llegar a ser monstruo. En conclusión, ejercer un control, no solamente de la conducta anómala, sino de cualquier conducta, a fin de que no florezcan los monstruos en el futuro.

Todo ello para normalizar la conducta, resarcir sus defectos, sacar monstruos, colocarlos sobre cualquier desviación, hacerlos “cabeza de turco”, para ejercer el poder sobre minorías, grupos, masas, individuos, con operaciones de minimizar sus fuerzas, desfigurar sus luchas como prácticas terroristas o delincuenciales, equipararlas a lo monstruoso, a lo más criminal, más aborrecible, y con base en esta monstruosidad, hacerla de punta de lanza para imponer un dispositivo de seguridad a la población, que le “refuerce la especie, su vigor, su capacidad de dominar o su aptitud para ser utilizada. Salud progenitura, raza, porvenir de la especie, vitalidad del cuerpo social”¹⁴.

¿Monstruo? Ya lo dijimos, anormalidad obtenida de un origen oscuro, que lleva a cuestras una conducta criminal, que porta en el rostro el signo de lo despreciable, y además decíamos, que era un instrumento que sirve al poder para su operaciones tanto disciplinarias como de dominio sobre la vida, pero monstruo, ¿es solo este modelo devaluado, instrumento del poder, que los discursos inventaron dándole la forma más siniestra y cruel, como nunca antes se había visto? o ¿monstruo no es más bien, todo lo contrario, una potencia de vida, inmoldeable, anárquica, reacia a toda sujeción a los poderes y por lo tanto, un monstruo político a la altura del pueblo, de la multitud y de todo cuanto se resiste a ser población?, ¿no es este monstruo como potencia de vida, el peligro, incluso el miedo, que los poderes sienten con pies de animal y que ven aparecer como resistencia a que la vida sea gobernada?

Es decir, “insubordinación de la vida (la potencia de la vida) contra el poder (el dominio sobre la vida). (...) Hasta ayer subordinada, jerárquicamente clasificada, organizada por el poder, *la potencia del monstruo ha asediado el poder a través de la invasión del bios*. El monstruo ha devenido hegemonía biopolítica. En otras palabras, se ha infiltrado por todas partes, como un rizo, es la sustancia común”¹⁵.

Pero si hay este monstruo político, ese es el pueblo, “el que, con respecto a ese manejo de la población, en el nivel mismo de esta, se comporta como si no formara parte de ese sujeto-objeto colectivo que es la población, como si se situara al margen de ella y, por lo tanto, está compuesto por aquellos que en cuanto pueblo que se niega ser población, van a provocar el desarreglo del sistema”¹⁶.

Y de esto se trata lo que viene enseguida.

¹⁴ FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. Voluntad de saber*. México: Siglo XXI. 2011, p. 136.

¹⁵ NEGRI, Antonio. *El monstruo político. Vida desnuda y potencia*. En *Ensayos sobre biopolítica*. Buenos Aires: Paidós, 2007, p. 93.

¹⁶ FOUCAULT, Michel. *Seguridad, territorio población*. p. 64.

EL OTRO MONSTRUO

Pero no es esta vida, sino aquella cuyas fuerzas no han sido dominadas, la vida capaz de mantenerse dispersa, en múltiples singularidades, aun distantes, para que ningún poder saber pueda sujetarlas a una relación. Su resistencia es dispersión, lo que no quiere decir que no pueda llegar a desatar las fuerzas que están aprisionadas en la forma hombre. La “*insubordinación de la vida (la potencia de la vida)*”¹ es una fuerza, plegada sobre sí misma (y no sobre otra), capaz de constituir un sí mismo, una nueva subjetividad, sin sujeto, sin poder, con estas posibilidades es vida potente y, para que quede claro de cuál subjetividad se está hablando, lo expresa DELEUZE, enseguida: “en el pliegue nunca hay un sujeto a descubrir, sino una subjetivación a operar, y la subjetivación es la subjetivación de la línea misma”².

Lo peligroso de esta vida como potencia, no es en lo que se encarna, sino lo que desata para que algo pueda sublevarse a formas de control. Esto que se desata, la fuerza liberada, es monstruoso, algo sin forma, pero capaz de tomar forma en una vida, un individuo, una edad, un día, un proyecto, un grupo, el pueblo, el movimiento de lo común, otro ser, en todo lo que se niega a ser sujeto. Lo que no quiere decir excepcional, porque la peligrosidad de potencia de vida nos toca a todos, o mejor, pasa por nosotros, en el flujo de cabello de una joven, en una piedra lanzada en medio de una protesta, en la fuga de Bonnie y Clyde, en el instante en que el camello se transforma en león y luego en niño, en cualquier momento en que nos negamos a ser los mismos, hay siempre la posibilidad de que algo nos toca, fugaz, invisible, que no nos damos cuenta, que es como un robo de vida que le hacemos a los poderes que la aprisionan.

La peligrosidad que ha vendido la Modernidad es la del individuo por fuera de la ley y el orden, muy distinta a la peligrosidad del monstruo político, como “resistencia ante pretensión de sometimiento de su potencia (de vida), pero más allá de la resistencia, reivindicando la plenitud y la riqueza las pasiones de la vida”³, vida monstruosa, liberada de toda forma.

¹ NEGRI, Antonio. *El monstruo político. Vida desnuda y potencia*. p. 119.

² Deleuze, Gilles. *La subjetivación. Curso sobre Foucault*. Buenos Aires: Cactus. 2015, p. 195.

³ NEGRI, Antonio. *El monstruo político. Vida desnuda y potencia*. p. 133.

La peligrosidad ¿no está en la resistencia de la vida al poder que quiere subyugarla? ¿No está en el poder de la vida? ¿En el poder vital? ¿En la fuerza capaz de subvertir las formas de vida impuestas por la biopolítica? ¿No es esta el otro monstruo, que llega sin forma, a perturbar la vida acomodada a los poderes, monstruo en cuanto resistencia, ya que lleva la potencia de vida como la resistencia más potente, para enfrentar a los poderes que la han comprimido a una forma de vida? ¿No es esta vida monstruosa, realizada en pueblo como insubordinación a todo poder?

Como si previera, el advenimiento de esta vida singular, la biopolítica responde, con un monstruo de forma criminal, como si con eso pudiera evitar la llegada del otro monstruo encarnado en pueblo; igual responde, difamando al pueblo como bestia desatada o devaluando su monstruosidad, poniéndolo por lo bajo, en un monstruo de Monserrate, incluso la biopolítica responde mostrando el derecho a vivir como insoslayable, que no es otra cosa que el derecho que tiene la sociedad a asegurar su vida, protegerla y expandirla. No lo decíamos, el poder es siempre poder sobre la forma vida, pero no lo es cuando la vida insubordinada, de impulso vital, es poder por sí misma y no por otros. “Cuando el poder deviene biopoder, la resistencia deviene poder de la vida, poder vital que no se deja detener en las especies, en los medios y en los caminos de tal y tal diagrama”⁴.

La potencia de vida logra detonar la energía que almacena, y es en el pueblo, el sin forma, el que mueve este impulso, fue el que suscitó el 9 de abril del 48 en Bogotá, estaba en las jornadas de mayo del 68 en París, en Chile, en Vietnam; la que surge en las calles, en un levantamiento, en una protesta, en cualquier punto, el monstruo político, la “vida inmanente portadora de los acontecimientos o singularidades que no hacen más que actualizarse en los sujetos y en los objetos”⁵.

Ahora bien, el discurso llega al monstruo por el individuo criminal. Intentamos conformar un corpus de estos discursos, para mostrar el momento de surgimiento, el instante de la aparición, cuando todavía no tiene una forma precisa, y solo es un destello, un fulgor, como el de Kubrick en *El resplandor*. Un embate, una lucha, un choque entre el discurso con el cuerpo del criminal.

Sin duda, en otro escenario, la lucha entre el bien y el mal iluminó de monstruos el cielo de todos los tiempos, sin duda la psiquiatría eligió el mismo camino con la teoría del instinto, y sus pequeños monstruos que invadieron el techo de consultorios médicos, hospitales mentales, pabellones psiquiátricos, sin duda la última aparición, en el monstruo de Monserrate, lo hacen los discursos chocando contra un individuo criminal.

⁴ DELEUZE, Gilles. *Foucault*. p. 122.

⁵ DELEUZE, Gilles. *Dos regímenes de locos*. Valencia: Pre-Textos. 2007, p. 349.

El corpus mostrará al monstruo que llega, cuáles fragmentos de discurso lo hacen ver y hablar, qué fuerzas lo empujaron a tomar a un individuo oscuro; mostrará a este hombre, por su procedencia ignota, entrar a dar claridad al monstruo; mostrará a este para que compatibilice con el individuo que ha surgido a la luz de un crimen y mostrará el mundo normalizado con qué algarabías responde a la llegada del monstruo a sus terrenos. No es raro, entonces, que sea el individuo que sale de los bosques de Monserrate con una cantidad indescifrable de crímenes a su espalda, el material para que los discursos lo hagan visible y enunciable.

En eso está el discurso que viene a continuación.

El instante de claridad del monstruo en los discursos de los expertos

EL ESPECTADOR

22 de febrero de 2016

El Espectador habló con un perfilador de asesinos en serie, quien dijo que fue un error haber detenido la búsqueda, ya que, según su experiencia, podrían ser mínimo 40 víctimas.

Freddy Valencia, conocido como el “asesino de Monserrate”, compareció ayer ante un juez de garantías. En diciembre ya le habían imputado cargos por el primer cuerpo que encontraron. Esta vez la Fiscalía le imputó cargos por homicidio agravado y acceso carnal violento, por 8 de los 11 cuerpos que hallaron en inmediaciones de su cambuche. Aunque el caso en sí es escalofriante, lo complejo es que podría ser de una magnitud aún mayor. El Espectador habló con Belisario Valbuena, perfilador de asesinos en serie para entender la mente de este criminal. El profesional sugiere que 11 víctimas apenas es el comienzo, ya que, según sus cálculos, podrían ser más.

¿Cuál es su análisis de todo este caso?

Creo que Freddy Valencia mató al menos a 40 mujeres. Dice que a los 26 años empezó a consumir drogas, porque lo abandonó una mujer. Esa es una manipulación para justificar cómo se volvió asesino serial. Además, que llevó a su cambuche a un centenar de mujeres y que no a todas las mató. Sin embargo, al psicópata serial no le genera placer el sexo, sino someter a la víctima, humillarla y tener el poder sobre su vida. Por eso su modus operandi fue estrangularlas, porque es algo íntimo y cercano, puede ver cómo se le va la vida a la víctima.

¿Por qué calcula que pueden ser 40 víctimas?

En la perfilación del asesino serial hay algo llamado escalada criminal, que empieza con delitos simples, pasa al acceso carnal violento y, como no es suficiente, llega al homicidio, que es lo que realmente le produce placer. Estos sujetos no buscan una víctima al año, son predadores. Además, si analizamos el nicho donde delinquía (el sector de la L o el Bronx), fácilmente podía conseguir mujeres adictas y ofrecerles estadia en su cambuche a cambio de favores sexuales. Sin embargo, no me creo el cuento del favor sexual. Considero que el sujeto utilizaba el engaño de darle comida y droga para asaltarlas sexualmente. Estos sujetos necesitan la violencia para sentir placer.

Si en la zona vivían otras personas, ¿por qué nadie denunció?

Tengo información de que Valencia alquilaba esos cambuches por \$10 mil o \$15 mil y era quien dominaba la zona. Y es en ese contexto donde se le facilitaba atacar a las víctimas. Hubo testimonios de vecinos de cambuches que decían que escuchaban los gritos de las víctimas y sentían el olor nauseabundo, porque él guardaba los cadáveres.

¿Por qué conservarlos?

Hay asesinos seriales que llegan a ser necrófilos, es decir, que tienen actos sexuales con el cadáver. Valencia lo niega, pero si sentía ese afecto por la muerte, es posible que hubiera tenido conductas necrófilas. Si no las tuviera, después del crimen se hubiera liberado del cadáver. Pero él no lo hacía. Lo tenía un tiempo, hasta que no aguantaba la descomposición. Luego las enterraba en las fosas que tenía establecidas.

¿Su abogado puede alegar enfermedad mental para que lo declaren inimputable?

No veo que progrese esa teoría, ya que el dictamen de Medicina Legal certifica que Valencia tiene un trastorno antisocial de personalidad, es decir, que tiene la capacidad de autodeterminarse, que es un sujeto que de manera fría, sin empatía y calculada captaba a la víctima, la llevaba al cambuche, la atacaba sexualmente y la mataba. Hay que resaltar que el dictamen en el caso de Freddy Valencia parece una lección aprendida del caso de Javier Velasco, quien asesinó a Rosa Elvira Cely.

¿Cómo aportó ese caso en esta historia?

Velasco ya había asesinado a otra mujer, con un modus operandi similar: la invitó a tomar cerveza, la llevó a su taller, la agredió sexualmente, la mató con un machete, durmió con el cadáver y después tiró su cuerpo en un sitio donde dejan la basura. Luego, cuando fue a juicio, se encontró

que tenía problemas con el alcohol y que convenientemente no recordaba lo que había pasado. Medicina Legal le diagnosticó trastorno límite de personalidad, lo declaró inimputable y sugirió que era mejor un tratamiento que la cárcel. El sujeto, al ser manipulador, asistió a dos sesiones y después se escapó. Volvimos a saber de él cuando mató a Rosa Elvira, en el Parque Nacional. De este caso aprendió Medicina Legal.

¿Cuál es la diferencia con el dictamen de Valencia?

Que esta vez se supo hacer un dictamen, donde se consideró algo que en psicología llamamos las estrategias de manipulación del psicópata, donde quiere mostrar otra cara, dar otra historia y justificar sus crímenes. En el caso de Valencia, recuerden que habló del abandono de su madre y el de una pareja, que le fue infiel, lo que lo llevó a sentir odio hacia las mujeres y por eso se convirtió en asesino. Eso es falso. Científicamente es imposible, porque si fuera así todos los que hemos tenido una decepción amorosa, maltrato o abandono en la infancia nos volveríamos asesinos seriales”⁶.

Este largo preámbulo sirve para mostrar el embate, la arremetida de los discursos contra el sin cuna, criminal, aborrecible. Pero es solo en el instante en que colisionan que se desprende el monstruo, el que hace ver su faz, como un relampagueo, que luego se difumina. Los discursos han captado desde muchos ojos y bocas ese instante, el más corto de la historia, para dejar ver y enunciar al monstruo, captan el instante de la aparición, y lo traducen en palabras, frases, proposiciones. Basta que se mire en el siguiente párrafo, con las indicaciones que se dijeron, para ver por instantes esa faz monstruosa. “En la perfilación del asesino serial hay algo llamado escalada criminal, que empieza con delitos simples, pasa al acceso carnal violento y, como no es suficiente, llega al homicidio, que es lo que realmente le produce placer. Estos sujetos no buscan una víctima al año, son predadores. Además, si analizamos el nicho donde delinqué (el sector de la L o el Bronx), fácilmente podía conseguir mujeres adictas y ofrecerles estadía en su cambuche a cambio de favores sexuales. Sin embargo, no me creo el cuento del favor sexual. Considero que el sujeto utilizaba el engaño de darle comida y droga para asaltarlas sexualmente. Estos sujetos necesitan la violencia para sentir placer”.

En este párrafo se reúnen varios elementos, luego de la fugaz aparición del monstruo, con ellos se puede constituir un corpus de palabras, frases,

⁶ Todas las citas en cursiva, forman parte de la entrevista a un perfilador criminal, realizada por El Espectador que se publicó en la edición 22 de febrero 2016 y que está disponible en <https://www.elespectador.com/bogota/asesino-de-monserrate-un-psicopata-sin-cura-articulo-618101/>.

proposiciones reunidas en torno a tres focos de poder: oscuridad, criminalidad, aberración, y cómo en estos es posible situar un devenir monstruo de Monserrate.

Desprecio que, “el sujeto utilizaba el engaño de darle comida y droga para asaltarlas sexualmente. Estos sujetos necesitan la violencia para sentir placer”. Desprecio que, “con delitos simples, pasa al acceso carnal violento y, como no es suficiente, llega al homicidio, que es lo que realmente le produce placer”.

Lo curioso es que las afecciones que se colocan, la simbología que da lugar, el ser oscuro que se dibuja, aludan a un demonio medieval, y que el discurso no deja de tejerlo en un monstruo, consecuente con los tiempos actuales, pero con los mismos materiales que caracterizaban al demonio: arrojado a la oscuridad, criminal, lascivo.

Los resultados del examen hecho a la mente del criminal brindan la oportunidad a lo oscuro, que devenga monstruo. Las palabras no mienten, aunque nunca se atreven a decir monstruo, y no mienten porque al abrir una pequeña claridad en ese fondo de la mente criminal, lo que ven allí es algo que lleva lo desbordado, lo distorsionado, deformado, excesivo, anormal, en su faz, como se puede ver en el siguiente texto: “Hay asesinos seriales que llegan a ser necrófilos, es decir, que tienen actos sexuales con el cadáver. Valencia lo niega, pero si sentía ese afecto por la muerte, es posible que hubiera tenido conductas necrófilas. Si no las tuviera, después del crimen se hubiera liberado del cadáver. Pero él no lo hacía. Lo tenía un tiempo, hasta que no aguantaba la descomposición. Luego las enterraba en las fosas que tenía establecidas”.

Discurso, por la claridad con que dice y ve al monstruo en lo aberrante, desmedido, deshumano, antinatural, peligroso, criminal. Doble abominación de los discursos que lleguen por vía del experto en criminología al monstruo, y que estos esparzan un aliento reactivo hacia cualquier individuo, grupo, aparejándolo a lo más criminal y deshumano. Ciertamente, los enunciados necrófilos, sádicos, asesinos, definen al monstruo, pero cuando se actualizan en el sujeto, hacen ver lo oscuro, la conducta, lo reactivo del monstruo. Esta disyunción entre enunciar y ver implica encuentros feroces, embates, batallas instantáneas. Cuando decimos que el monstruo es una anamorfosis, se alude a ese instante en que chocaron el discurso con el cuerpo del criminal.

En los metarrelatos, el monstruo repetía los frontispicios de las catedrales, una bestialidad, dominada por la aureola que despedían los santos, ahora en la época de los discursos de poder saber, el frontispicio del monstruo se repite *n* veces, en múltiples cuerpos sobre los que fugazmente se alumbra lo no humano, lo anormal, desviado, desbordado, desregularizado.

Estos enunciados requirieron formular una naturaleza despiadada, desbordada, desmedida, deforme, baja, para erigir el monstruo, pero en tanto, atravesados

por un régimen de poder saber, son tan verdaderos que no requieren de reglas científicas para ser autenticados como tales, sino esencialmente por las descripciones que utilizan categorías psicológicas (psicopatía, trastorno de personalidad, necrofilia), pronunciadas por quienes detentan el poder científico.

Si en la mecánica de la soberanía, la leyenda era la prueba fehaciente de la verdad del monstruo, ahora con los mecanismos de poder biodisciplinario, la verdad del monstruo está en quién lo anuncie, en qué lo dice, cómo lo dice, sobre qué lo dice, así: “sin embargo, al psicópata serial no le genera placer el sexo, sino someter a la víctima, humillarla y tener el poder sobre su vida. Por eso su modus operandi fue estrangularlas, porque es algo íntimo y cercano, puede ver cómo se le va la vida a la víctima”.

Se logra situar por encima de la vida lo abominable, lo inhumano, el monstruo, al tiempo que se debate en cómo inferir un castigo. Es importante mirar el debate entre un sí o un no a la hora de imponer una pena, ya que en un lado está la soberanía (estoy por encima de la ley), en otro la disciplina (a favor de un castigo) o la biopolítica (eliminar el foco infeccioso), tal como se puede apreciar, en el apartado siguiente:

¿Los crímenes de Valencia se podrían catalogar como feminicidio?

Por supuesto. Estamos hablando de feminicidio serial. Incluso, este sujeto ha señalado que sentía odio y rencor hacia la mujer por el hecho de ser mujer. Eso es lo que diferencia el feminicidio de otras clases de homicidio. Se le podría aplicar la ley de feminicidio con todo el rigor. El problema sería que tuviese una víctima a partir de la entrada en vigencia de la ley.

Si logran identificar al menos una víctima luego de la entrada en vigencia de la Ley del Feminicidio, ¿cómo sería el proceso?

Tendría que haber una correlación entre los hallazgos de los cadáveres y el momento en que desaparece la víctima. Aquí hay que hacer una labor en el área geográfica donde delinquía Freddy Valencia, que hasta el momento desconozco si se ha hecho. Buscar los testigos y correlacionar la autoría que posiblemente tuvo Freddy Valencia con ese crimen. Incluso, aprovechar que con antropología forense puede determinarse el tiempo de muerte.

Pero, por ahora, parece que no se le podrá aplicar la Ley de Feminicidio o Rosa Elvira Cely. ¿Cómo debería enfrentar este caso la Fiscalía?

Debe buscar la máxima pena, porque no solo es homicidio agravado, sino que hay más delitos. La Fiscalía debe buscar que su pena llegue por

lo menos a 50 años. Además, que no le permitan beneficio por confesión o cooperación con la justicia, porque él lo hace para manipular. Los psicópatas no se arrepienten de sus crímenes. Haga cuentas. Valencia aún es joven y si lo condenan a 40 años, por aceptar los crímenes le rebajan a 20 años. Y si a eso le resta rebajas por estudio o trabajo, saldría en máximo 16 años para seguir matando. Los psicópatas no tienen cura. Debemos hacer esa prospectiva para evitar que eso vuelva a ocurrir con este asesino serial.

¿Podría llegar a ofrecer perdón?

Sería una estrategia de manipulación más. El psicópata no tiene esa capacidad, emocionalmente es autista. Para él, el sufrimiento de las víctimas le genera placer. Y si no entendió el sufrimiento de las víctimas, menos entenderá el dolor de los familiares. Si pide perdón va a ser falso. Sólo será para buscar beneficios con la justicia.

¿Hay algún antecedente de un caso similar?

Sí, el de Daniel Camargo Barbosa, un asesino serial que nació en Cundinamarca. Se le conoció como el “sádico del Charquito”. Violaba, torturaba y asesinaba a mujeres. Al igual que Freddy Valencia, era un sujeto manipulador e inteligente. Se presume que mató en promedio a 150 mujeres en Colombia, Ecuador y Brasil. Es el antecedente que tenemos con otro asesino serial, feminicida, similar al “asesino de Monserrate”.

Este tipo de casos parecen más comunes en Estados Unidos que en Colombia.

Hay que romper el mito de que el asesino serial en Colombia no es común. Lo que pasa es que en Estados Unidos hay más, porque hay más población. Segundo, el territorio estadounidense se presta para el favorecimiento del homicidio serial. Allí es muy fácil abandonar los cadáveres. Además, acá lamentablemente se descubre tarde, después de que, como en este caso, el sujeto admite por lo menos 11 víctimas, pero estoy seguro de que hay más.

Habla de la relación del entorno geográfico. ¿Cómo se relaciona el de Freddy Valencia con su actuar?

Su zona de confort donde comete los crímenes, es importante. Según el modelo inglés, no hay sólo un perfil criminal del asesino serial, sino también un perfil geográfico. Una zona donde el criminal se siente cómodo asesinando. Ahí puede captar, atacar y esconder los cadáveres. La zona

le permite hacer esos tres procesos. Los cerros orientales son un lugar favorable, mucho más si el sujeto no sólo tenía ahí su residencia, sino que tenía un negocio de alquilar cambuches. Era un área que a él le pertenecía. Él conocía bien. Lo mismo que la zona de la L, el Bronx o el Cartucho, donde iba a captar a las víctimas.

¿Cómo las escogía?

Eran mujeres que nadie extrañaba, que estuvieran sumidas en la indigencia, en el consumo de drogas y que precisamente habían sido desligadas de sus familias. Es la victimología perfecta. Por ejemplo, el “monstruo de los cañaduzales” usaba la fachada de vender helados para buscar niños de extracción humilde. Ellos saben que las autoridades no van a prestar mucha atención en ese tipo de víctimas y que los esfuerzos de búsqueda no serán suficientes ni habrá una investigación rigurosa. Si ocurre, es después de encontrar muchos cadáveres o de conocer muchas denuncias en una zona. Entonces la Policía se alerta. Pero antes, lastimosamente, no hay preocupación por el tema. Eso favorece a que el asesino serial siga en su escalada criminal.

¿Cómo define a Freddy Valencia?

Es un psicópata serial sexual. Es un sujeto manipulador con falta de empatía. No siente remordimiento por sus crímenes ni consideración por el sufrimiento de la víctima. Es un predador y vivía para eso. De hecho, el dinero que conseguía lo usaba para captar las víctimas, en llevarlas a su zona de confort, en atacarlas y ultimarlas. El hecho de ser adicto no tiene correlación con el hecho de ser asesino. Esto es parte de su escalada criminal, de su modus operandi. Un sujeto astuto, que a través de una aparente historia familiar de abandono quiere justificar sus delitos y obtener beneficios de la justicia. Es un sujeto que no tiene redención. Si él saliera mañana de la cárcel, haría lo mismo. Peor aún, lo perfeccionaría. Esos sujetos tienen memoria forense. Analizan la equivocación que los llevó a ser atrapados y la corrigen. Eso aumenta su peligrosidad. Ese es uno de los argumentos que deben usar no sólo el fiscal sino Medicina Legal, para pedir la máxima pena.

En cuanto a asesinos sexuales y seriales, ¿cuáles son las lecciones aprendidas para el caso colombiano?

El asesino busca fachadas donde la Policía no se involucra. A esta no le interesa, por ejemplo, investigar a un indigente. En algunos casos por desprecio, por asco, por algún sentimiento adverso que tenemos los

seres humanos. Entonces, fíjese cómo en el caso de Valencia la lección es que en un contexto en el que la Policía no coloca sus ojos había un asesino serial. Fue un caso fortuito el que permitió descubrirlo. Incluso, no habríamos sabido qué tan prolijo era en sus víctimas si él mismo no lo hubiera contado. De lo contrario, estoy seguro de que sólo se la hubiera jugado por una víctima, que fue encontrada. Como dije, estoy seguro de que hay más víctimas de lo que él admite y de lo que los investigadores del caso han encontrado hasta la fecha”.

Lo que ya se decía de la ambivalencia entre un sí y un no, en que se debate el discurso: “se le podría aplicar la ley del feminicidio con todo el rigor (...). El problema sería (...)”. La ley, que es inaplicable en el caso del criminal que “no tiene cura” o que “cuando salgan de la cárcel siguen matando”, o sea, todo ese choque con la ley social y natural, en últimas, el discurso lo decidirá a favor de que el individuo termine en un sanatorio, aplacado con drogas, choques eléctricos, etc., y precisamente allí, donde la ley no tendría cómo verse, la forma del anexo psiquiátrico la hará ver en lo infrapenal, hará que se mueva en lo infralegal y si, como decíamos, en el frontispicio de las catedrales se adornan con monstruos la obra de Dios, ¿cómo no puede la ley de los hombres verse adornada por las ciencias psíquicas, aplicando al monstruo operaciones psicofarmacológicas o, en términos de castigo, dejarlo a perpetuidad en el encierro.

Una biopolítica acompañada de la disciplina encuentra en los anexos psiquiátricos el lugar de resguardo del monstruo, el de contención de efectos y afectos que no tienen cura, el de aislamiento de un foco infeccioso para la población.

Esto infralegal e infrapenal en que se mantiene el monstruo (y muchos otros abominables, que la ley no puede castigar), logra otro propósito no menos ambicioso, hacer desatar las lenguas, que todo el mundo hable, ya que la ley imposibilitada para definir al monstruo, mucho menos para aplicarle un castigo o reglarlo entre sus enunciados, da pie para un discurrir, de todo lo humano y divino, desde el más pequeño al más grande, del científico al político, del imbécil al inteligente, del feliz a los infelices, se van pasando la bola, de mano en mano, o se la disputan, en últimas, se desata una rapiña de ganas, para decirlo todo, de una vez y para siempre o rapiña por monopolizar quién dice mejor o de dónde viene, con qué títulos... Rapiña al decir la verdad, así hablan psicólogos: “sujeto manipulador con falta de empatía”; hablan geógrafos: “hacer una labor en el área geográfica donde delinquía Freddy Valencia”; hablan demógrafos: “correlación entre los hallazgos de los cadáveres y el momento en que desaparece la víctima”; hablan juristas: “que no le permitan beneficio por confesión o cooperación con la justicia, porque él lo hace para manipular”; hablan antropólogos: “ antropología forense puede determinarse el tiempo de muerte”; hablan policías: “buscar testigos”.

Lo que queremos decir —y con esto estamos en la misma línea de los demás— es que en un discurso como el del experto, puedan encontrarse tanta variedad de locutores que se ponen a hablar desde un saber, y tal vez sea pertinente traer a colación la escena de los soldados romanos jugando las prendas del crucificado, para ver qué es lo que los discursos están jugando con el monstruo, por ejemplo el que no dé muestra de arrepentimiento, ¿justifica en alto grado las medidas de contención en el psiquiátrico?: “¿Podría llegar a ofrecer perdón? Sería una estrategia de manipulación más. El psicópata no tiene esa capacidad, emocionalmente es autista. Para él, el sufrimiento de las víctimas le genera placer. Y si no entendió el sufrimiento de las víctimas, menos entenderá el dolor de los familiares. Si pide perdón va a ser falso. Sólo será para buscar beneficios con la justicia”.

Él, monstruo; él, que no pueden castigar; él, que muestra cuál es el verdadero castigo; él, único posible para lo que no es delito; él, sin perdón; él, falta de redención; él, que navega en la infrapenalidad; él, que tiene de arbitrario, desordenado, irregular, repulsivo. Él va a ser confinado, despenalizado, desinfectado, asegurado de la población; él, que cumple la máxima condena biopolítica: “los psicópatas no tienen cura”.

De ello hay pruebas, cuando el discurso del experto piensa qué castigo aplicarle al monstruo, oscila entre una máxima condena o la eliminación de lo incurable (en el fondo lo mismo), ya que tiene al frente un marco de infralegalidad que lo autoriza a definir las operaciones psicológicas para contener el monstruo, que no es otra cosa que un derecho de asegurar la existencia de la población, derecho muy característico de la biopolítica, de ahí que la sentencia lanzada contra monstruo de Monserrate: “*los psicópatas no tienen cura*”, es una autorización, de facto, para contener los focos virulentos que acosan la seguridad de la población, incontenibles para la ley, pero ¿no es infralegal, ese derecho sobre la vida que logra alcanzar la biopolítica, una vez los cuerpos normalizados son entregados para ser introducidos en procesos de población, a través del dispositivo de seguridad?

Esta infralegalidad, esta infrapenalidad, no quisiera que se tomaran como lo que adolece de legalidad, sino una manera que tiene la ley para efectuarse; que lo haga mediante el derecho a la vida o el derecho de asegurar la vida de la población, es como hoy se acepta que hagan genocidios o matanzas de comunidades enteras, con un derecho a matar sin que la ley aparezca para objetarlo. De ahí la importancia de ver lo infrapenal o infralegal como un recurso de funcionamiento de un procedimiento biopolítico.

La acción de lo infralegal se expresa en las distintas manera que tiene de enunciarse, unas veces aboga por la jurisprudencia, porque le da el marco de legalidad para autenticar los saberes, de ahí la utilización de la medicina, la psiquiatría, la criminalidad, lo antropológico, lo geográfico; para hacer ver que

lo que se hace está soportado por la legalidad del saber que portan, por ejemplo hacer pasar como legal el aparato de contención del monstruo, llamado anexo psiquiátrico de la cárcel donde seguramente va a llegar el monstruo, igual hace que el cerro de Monserrate donde la ley no logra penetrar, opte por colocar otras fuerzas que hagan el trabajo de abrir claros en medio de la tupida floresta.

“*Los psicópatas no tienen cura*”. Por un lado, las imágenes del monstruo caído, pidiendo a gritos que no lo llamen monstruo de Monserrate y, por otro lado, el criminal fortalecido, confesando su crímenes, pasan como puntos de ejercicio biodisciplinario, no solo porque muestran hasta qué punto el origen oscuro, criminal y repulsivo, sirve de base para implementar una política de seguridad de la población, sino también porque advierte qué puede pasar cuando una criminalidad se encuentra fuera de la ley, y a qué mecanismos disciplinarios se debe acudir para reducirla.

Se hablaba de genocidios, se habla de desapariciones forzadas, se habla de eliminación sistemática, en el fondo un solo lenguaje, liquidar con lo monstruoso los puntos de resistencia al poder que ha hecho de la vida una política de seguridad.

El espacio geográfico Monserrate contiene al monstruo, es su marco de acción, el punto en que los crímenes adquieren la forma de abominables, la frontera en que la ley ya no puede decir nada, el punto en que le cede a las disciplinas de la conducta la facultad de actuar infralegalmente sobre el monstruo.

De aquí en adelante, se hace importante el espacio del monstruo, es ya una calle (Bronx, Cartucho), o un cerro (Monserrate),

“Habla de la relación del entorno geográfico. ¿Cómo se relaciona el de Freddy Valencia con su actuar? Su zona de confort, donde comete los crímenes, es importante. Según el modelo inglés, no hay sólo un perfil criminal del asesino serial, sino también un perfil geográfico. Una zona donde el criminal se siente cómodo asesinando. Ahí puede captar, atacar y esconder los cadáveres. La zona le permite hacer esos tres procesos. Los cerros orientales son un lugar favorable, mucho más si el sujeto no sólo tenía ahí su residencia, sino que tenía un negocio de alquilar cambuches. Era un área que a él le pertenecía. Él conocía bien. Lo mismo que la zona de la L, el Bronx o el Cartucho, donde iba a captar a las víctimas”.

Se destaca que el discurso haya puesto *zona de confort*, en “donde comete los crímenes”, para que se sienta cómodo asesinando, y lo hace no por ironía ni para pasarse de listo, sino porque ve en el hábitat del cerro o de la calle una forma de madriguera, con diferentes zonas, puntos, desechos, ramales, líneas de estacionamiento, líneas de escape, líneas de anclaje, muy distintos de espacios en que parten de un punto central para diagramar el resto en conexión con el centro. Por ejemplo, una casa fija los cuartos, corredores, escaleras, para la función del control; un aula de clase tiene puntos de aprendizaje, corrección,

clasificación, recreo; en una cárcel las celdas están distribuidas bajo el principio de ver sin ser visto, pero el hábitat del monstruo no sigue esta técnica, sino que arma una madriguera, con zonas intensas para ejercicios de matar. Así, hay zonas de detención: “ahí puede captar, atacar y esconder los cadáveres”; hay sitios para flujo de transacciones: “negocio de alquiler de cambuches”; hay zonas sádicas: “someter a la víctima, humillarla y tener el poder sobre su vida”, zonas necrófilas: tener “actos sexuales con el cadáver”, líneas de precipitación: “la L, el Bronx o el Cartucho”, líneas de escape, etc. Guarida en que estos puntos son intensos, vertiginosos, aberrantes. No es raro entonces que el profesor CHALLENGER haya concebido la tierra en ese sentido, como un cuerpo sin órganos. Madriguera desestratificada.

Geografía del monstruo que el discurso repone en frases, palabras, proposiciones, desde que se produjo el embate con el cuerpo del individuo. El examen de la mente, hecha por el experto, quizás es mucho más elocuente: la existencia de un espacio con la intensidad de la madriguera de un animal. Hay que ver las zonas ocultas, perversas, psicóticas, asesinas, que descubre en el fondo de la mente del monstruo de Monserrate, hay que ver las otras zonas para su refugio, descubre otras para confesar los crímenes de las mujeres o señala el punto de fuga del monstruo de Monserrate, para adquirir la de un asesino.

Pero más allá de la frase, “fue un caso fortuito el que permitió descubrirlo”, señala esa imposibilidad de la ley, de pararse delante del monstruo, de sentar su dominio, de determinar un castigo, y como se escapa a su comprensión, lo delega a procedimientos disciplinarios y biopolíticos, para que lo asuman con sus saberes y técnicas. Así, legalizaron los choques eléctricos, las camisas de fuerza, las castraciones, el encierro a perpetuidad y demás procedimientos que se aplican hoy en los anexos psiquiátricos.

Nosotros retomamos la palabra fulgor para señalar lo repentino, breve, el instante de aparición, lo fortuito con que llegó el monstruo y que “permitió descubrirlo”, y tomamos el impacto discursivo que produjo ese instante de fulgor, que dio al monstruo y le configuró unos rasgos comunes que podían localizarse en ciertos lugares del espacio social; tal fue la asignación de un origen oscuro, criminal, abyecto. Bajo estos signos, se va configurado un rostro humano al monstruo, para poderle aplicar un castigo. La importancia del discurso precedente es que logra conjugar esos tres elementos casi de manera perfecta. El punto que asume es que “es un sujeto que no tiene redención”, si estuviéramos en otra época, este solo postulado daría lugar a lanzar hacia las tinieblas al monstruo, como hacían con los demonios, pero en esta época, época dominada por las ciencias sociales y humanas, el procedimiento para castigar lo que no tiene redención o cura es contenerlo en intramuros, ya en un psiquiátrico, ya aislado en una celda de la cárcel, el límite entre lo bajo, criminal, repulsivo, con los entes opuestos, con historia, conducta adaptada, aspecto normal.

La biopolítica dirá: es preciso considerar al monstruo un virus letal para lograr asirlo, ya que sus patrones de comportamiento desbordan los indicadores con que se mide la seguridad de la población, pero cuando llega al pueblo o se actualiza en individuos, colectividades, grupos, bandas marginales, es decir, en aquellos sujetos que no caben dentro de un indicador social, les aplican la misma fórmula del monstruo, su eliminación sistemática bajo el derecho que tiene el cuerpo social de asegurar la vida.

La naciente burguesía llamó monstruo al proletariado, hizo del pueblo otro monstruo, practicó la teratología para calificarlos de aberraciones mentales. ¿No constituyen la necrofilia, la sodomía, coprofilia y demás prácticas encontradas al monstruo de Monserrate sino aquello que justifica la aplicación de un castigo a lo que “no tiene redención”, para ser desaparecido de la faz de los humanos con la misma precipitación con que apareció?

Y he aquí de nuevo el punto del monstruo, el de un fulgor, un relampagueo, una instantánea, la fuerza que se puso en relación con otra fuerza, para que pudiera emerger con el ímpetu que se vio. Acabamos de señalar que la ley le cede el paso al discurso de las disciplinas humanas para que obren a su nombre (el hecho de haberlas legalizado en la perspectiva de un orden las faculta), y lo primero que logran es dictaminar, enjuiciar, formular el castigo a lo que se presentaba como desbordamiento de la criminalidad, y al monstruo al calificar el origen de infame, sus gestos, conductas y expresiones como abominables.

Basta, hay que tomar en serio el discurso del experto, para tener un monstruo: “hay asesinos seriales que llegan a ser necrófilos, es decir, que tienen actos sexuales con el cadáver. Valencia lo niega, pero si sentía ese afecto por la muerte, es posible que hubiera tenido conductas necrófilas. Si no las tuviera, después del crimen se hubiera liberado del cadáver. Pero él no lo hacía. Lo tenía un tiempo, hasta que no aguantaba la descomposición. Luego las enterraba en las fosas que tenía establecidas”. Antes, la naturaleza jugaba a hacer monstruos, ya por mezclas entre sangres divergentes, ya por acoplamientos antinaturales (un hombre y un animal), ya por inseminación de un incubo en una mujer; ahora un monstruo resulta del azar, de lo fortuito de un enunciado: “de lo contrario, estoy seguro de que sólo se la hubiera jugado por una víctima, que fue encontrada”, y con ese solo enunciado no habría producido sino un delincuente, había que armar de los crímenes múltiples discursos, todos desbordantes de sevicia, desbordantes de anomalía, desbordantes de miseria, si quería llegar al monstruo.

No es cuestión de palabras, sino de fuerzas en conjunción que producen cosas extrañas como el monstruo de Monserrate. Por eso es posible ver cómo conforma el espacio con recovecos, descansos, fugas, para que el monstruo fluya: en un punto es sodomía, en otro necrofilia, en otro matar, en otro enterrar, en otro buscar más víctimas, en otro fugarse, un plano emotivo, intenso, de desborde,

de larga duración, sin límites, con facilidad de mostrar cosas del más allá, de hacer de un pobre individuo, un pobre monstruo, es lo que logra el discurso con sobredimensionar, “la menor extravagancia se convierte en algo abominable, al menos en el discurso de la invectiva y de lo execrable”⁷.

El cerro de Monserrate es la geografía del monstruo, ni siquiera es el Bronx o la calle del Cartucho, ni siquiera las sociedades secretas para el crimen, ni siquiera el paramilitarismo dan para un monstruo, tenía que surgir en otra parte, en los extramuros de la ciudad donde la animalidad de una conducta pudiera efectuarse en amplitud, desde esa geografía, el discurso logra atraerlo hacia la ciudad, ponerlo en imágenes, declarar su condición marginal, la criminalidad en mujeres, su aspecto repulsivo, volverlo una cuestión de seguridad.

En el espacio cosmológico, el monstruo conjugaba lo demoniaco con lo humano, el maligno con una mujer, un hombre con un animal; en el espacio biopolítico, conjuga el discurso de gestión sobre la vida con la condición infrasocial, criminalidad, abyección, para delimitar su geografía. Por eso el monstruo es la excepción, lo no común, lo “fortuito”. Entre más muertos produzcan los genocidios, las masacres, las desapariciones, legales, más escasean los monstruos. Había que sacarlo del cerro de Monserrate, y no de los montes de María, para hacerlo funcionar con otros propósitos. El analista lo encontró en la mente del criminal, que se apercebía con el hábitat geográfico del cerro de Monserrate. “Además, que llevó a su cambuche a un centenar de mujeres y que no a todas las mató. Sin embargo, al psicópata serial no le genera placer el sexo, sino someter a la víctima, humillarla y tener el poder sobre su vida. Por eso su modus operandi fue estrangularlas, porque es algo íntimo y cercano, puede ver cómo se le va la vida a la víctima”.

⁷ FOUCAULT, Michel. *La vida de los hombres infames*. Buenos Aires: Altamira, 2000, p. 83.

EL MONSTRUO DESDE EL INDIVIDUO CRIMINAL

CONFIESO UN MONSTRUO

Él empieza a hablar del monstruo, no ante la policía a la que no le importan monstruos, no ante la justicia que rebota al monstruo a lo infralegal, no ante una razón, que solicita cordura ante el crimen y tacha de locura al monstruo, no ante una conciencia que pide a gritos quitarse de encima la mala forma, sino que lo hace en la confesión, una práctica que sigue todo el mundo y aquí, como lo vemos, la utiliza para decir todas las cosas horribles que ha hecho con las mujeres, y lo hace porque teme al monstruo que lo ronda desde el instante en que fue captado por el saber poder. Y las angustiosas palabras finales son una especie de clemencia que pide ante lo que lo asola: “les podría pedir un favor grandísimo, no sé si se pueda. Es que no sé por qué me disgusta tanto ese apodo de monstruo”¹.

Y con esto, confesar los crímenes para sacarse de encima ese animal que lo ve, lo huele, lo amenaza, lo toca, y lo que dice enseguida, la declaración que emite es pura confesión del monstruo: “pues yo tenía un basurero, donde, ahí al lado de mi casa botaban la basura y, y pues abría un hueco, removía la basura y, las tiraba ahí y las volvía y las tapaba con basura. No quiero hablar más... o sea, no, no sé si estoy haciendo algo porque, la imagen que ya me formé de que el monstruo y de que las muertes y que como así que, pero 18 o sea suena contradictorio, pero es así, yo sé, diga lo que yo diga siempre voy a, me van a tildar como el malo y como el, si porque también yo reconozco que no debí haber llegado a esos extremos, pero son problemas de agresividad que tengo”.

“Sí claro, yo, después ya de la segunda, la tercera, las noches ya no eran las mismas, yo, yo no podía descansar a mí me, me consternaba mucho el saber que lo que había cometido era un crimen, pero, ya lo hice, ya que igual tenía necesidades y yo pues evitaba tener problemas para llegar a esos extremos, pero desafortunadamente ellas se buscaban, el, el final”.

¹ Entrevista al monstruo de Monserrate, revista Semana, 10 de diciembre de 2015.

“Les podría pedir un favor grandísimo, no sé si se pueda. Es que no sé porque me, me disgusta tanto ese apodo de monstruo”².

GUARDO AL MONSTRUO EN LO BUENO

“A mí siempre y cuando no me toquen, no me agredan, no me insulten, yo soy una persona muy caballerosa, muy honrada, muy respetuosa hacia las mujeres y amo y respeto a las mujeres y tengo muchos conocidas que pueden decir eso y más de mí”³.

Él, al hablar, en su lucha por quitarse de encima al monstruo, quiere mostrar un lado bueno: “caballerosidad, respeto, honradez”, y unos límites: “no me toquen, no me agredan, no me insulten”. Así el monstruo, con esos valores, lo mejor que puede es mantenerse distante, pero cuando lo tocan, esa provocación mortal, se viene encima con toda su fiereza y lo primero es ¡matar! Luego, ver cómo se extingue la vida de las mujeres, y todas las otras aberraciones que descubrió el experto en criminología, todo este movimiento entre lo bueno y el mal deja al monstruo en su realidad, como una cosa o una entidad que sobrecoge al sujeto y lo lleva a deambular entre tantas aberraciones.

Lo planteaba San Agustín, que el mal es un bien disminuido, lo demostraba Leibniz, que Dios por un juego de composibles, se vio obligado a admitir el mal, al que llamó el mejor de los mundos posibles⁴ o Hegel, al mal “como parte de la evolución natural y el desarrollo histórico”⁵; otros muchos lo dijeron y lo hicieron, como que el mal es un accidente, y él, al hablar, apela al mismo sistema, un monstruo copresente con el bien.

CONFIESO QUE HE MATADO PARA ADVERTIR DE LOS RIESGOS BIOLÓGICOS QUE ENFRENTA LA VIDA

El monstruo, metamorfoseado en virus patógeno, ejercicio de una biopolítica, basta hacerlo transitar como oscuro, dañino, abyecto. Desde luego, lo que hay es una política de seguridad capaz de preservar el espacio, libre de estos virus. Así, campañas, incursiones, erradicaciones, desmontes, desintoxicaciones, tienen ese propósito. O cuando se reorienta el interés de las masas hacia un “asesino serial”, como categoría psicológica del monstruo, la biopolítica,

² Entrevista al monstruo de Monserrate, revista Semana, 10 de diciembre de 2015.

³ Entrevista al monstruo de Monserrate, revista Semana, 10 de diciembre de 2015.

⁴ LEIBNIZ, G. W. *La teodicea*, Madrid: Aguilar, 1954.

⁵ ESTRADA, Juan A. *La imposible teodicea*. Madrid: Trotta, 1997, p. 35.

que aspira al exterminio y genocidio de lo patógeno, lo hace para liberar un dispositivo de seguridad en el espacio de la población o liberar espacio para que sea ocupado por almas bellas o lo que aquí se llaman fuerzas disciplinadas. El aporte al progreso humano es indiscutible.

Hace más de doscientos años, Leibniz escribió que los condenados deben ceder lugar a otras almas “en virtud de un progreso continuo hacia el todo infinito”⁶. De por medio la vida, cuando el poder se vuelve biopoder, cuando la hace objeto de una política de seguridad: conformar cuadros de salud, de enfermedades, de mortalidad, natalidad, para proyectar estimaciones de vida sana, durable, asegurada, repelente a todo monstruo patologizado; pero eso no quiere decir que esta sea la única forma de vida posible, ya antes se había planteado *la vida*, la que no se deja medir, estimar, hacer cálculos, gestionar como monstruo.

Así el monstruo liberado del poder político está del lado de *una* vida y no criminalizando la vida que se le resiste. Una vida sin desintoxicaciones, desasegurada, no es cualquier vida, ni siquiera la heteróclita, es más *una vida* singular, un poder vital por sí. Mejor se entiende, de la siguiente manera: “nadie ha narrado mejor que Dickens lo que es *una* vida, teniendo en cuenta el artículo indefinido como índice de lo trascendental. Un canalla, un sujeto vil despreciado por todos está agonizando y los encargados de curarlo manifiestan una especie de esmero, de respeto, de amor por el menor signo de vida del moribundo. Todos se empeñan en salvarlo, al punto que en lo más profundo de su coma, el villano siente que algo dulce le penetra. Pero a medida que retorna a la vida, sus salvadores se vuelven más fríos, y él recupera toda su grosería y maldad. Entre su vida y su muerte, hay un momento que no es más que el de *una* vida que juega con la muerte. La vida del individuo le cedió lugar a una vida impersonal, y sin embargo singular, de la que se desprende un puro acontecimiento liberado de los accidentes de la vida interior y exterior, es decir, de la subjetividad y objetividad de lo que pasa (...). La vida de dicha individualidad se borra en beneficio de la vida singular inmanente de un hombre que ya no tiene nombre, aunque no se le confunda con ningún otro”⁷.

Lo que el monstruo, en tanto poder vital, se hace *una vida*, el siglo XX, el XXI están contagiados: el proletariado, el pueblo revolucionario, una manifestación, un estudiante que lanza una piedra al policía, los sin patria, sin territorio, los de un muro a derrumbar.

⁶ LEIBNIZ., G. W. *Monadología. Discurso de metafísica, profesión de fe del filósofo*. Buenos Aires: Orbis, 1983, p. 197.

⁷ DELEUZE, Gilles. *Dos regímenes de locos*. p. 349.

He ahí la importancia de la confesión del monstruo, lo precipitado con que se puso a hablar, la gran cantidad de canales, de redes que lo acogieron en su seno, los múltiples confesionarios que le abrieron las puertas, en el fondo, el objetivo era irse contra todo gesto de resistencia de *una vida* desatada de todo poder, tachándola de criminal, baja, obtusa, odiosa, comportándola como un virus tóxico, letal y peligroso para la población. La representación de pueblo, como la bestia desatada, la compatibilizan a este monstruo de Monserrate, asesino en serie, perturbado mentalmente, antisocial.

No sabemos si sentarnos a llorar o formar parte del ejército de salvación nacional, o meter la cabeza en la subjetividad, cualquier cosa que se haga reactiva las escaramuzas biopolíticas. Esta vida nada tiene que ver con una defensa de la vida que hoy declaran como derecho inalienable, ni tampoco con una experiencia salvaje como la que hizo explotar el *Sturm und Drang*. Ni plenitud. Ni éxtasis. Ni nirvana. *Una vida* es inmanencia. Lo es por sí misma, no depende de un sujeto, ni pertenece a un objeto, lo que no quiere decir que no tenga sujeto o un objeto en que actualizarse. Marx lo vio en el proletariado, lo que resistía a las relaciones capitalistas de producción: “el que rechaza la violencia y el que expresa insubordinación; el que odia la mercancía y se expande en el trabajo libre”⁸. H. V. Kleist la vio en *La asombrosa guerra de Michael Kohlas* o Nikolái Gogol en *Taras Bulba*, pero quien la vio más tenazmente fue DICKENS⁹, ya citado por DELEUZE, más arriba.

Asignarle monstruo a la vida que resiste, es elevar la resistencia a la n potencia, una monstruosidad resistente, algo singular, sin presente, un devenir de nuevas fuerzas. Si hay monstruo es en esta vida y no en otra cosa. No había dicho el profesor CHALLENGER, que la tierra era un cuerpo sin órganos –un monstruo– “atravesado por materias inestables no formadas, flujos en todos los sentidos, intensidades libres o singularidades nómadas, partículas locas o transitorias”¹⁰.

No otra cosa, sino la materia monstruo vida, plena de intensidad y velocidades variables. No hay masa desbordada, ni bestia desatada, sino líneas que la cruzan, como la palma de la mano, y de los movimientos desiguales que le suceden.

Las páginas anteriores efectuaban al monstruo dentro de un campo de fuerzas biopolíticas para encarnarlo en un individuo que pudiera sintetizar las tres singularidades del monstruo: oscuridad, criminalidad, repulsión; las páginas que vienen enseguida, desarrollan la idea de un devenir implicado en esa efectuación monstruo.

⁸ NEGRI, Antonio. *El monstruo político. Vida desnuda y potencia*. p. 103.

⁹ Nos referimos a la novela de Charles Dickens, *Nuestro amigo común*, principalmente al capítulo 3.

¹⁰ DELEUZE, G. (2012). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, p. 48.

En síntesis, hay un monstruo de Monserrate como efecto de un campo de fuerzas, o de un diagrama de poder biopolítico, pero también hay monstruo en devenir, sin presente, ni pasado. De este trastocamiento del tiempo, el monstruo toma realidad o si no como podría llamarse un acontecimiento, “la identidad infinita de los dos sentidos a la vez, del futuro y el pasado, de la víspera y el día después, del más y el menos, de lo demasiado e insuficiente, de lo activo y pasivo, de la causa y el efecto”¹¹.

De ello, es como sigue a continuación.

¹¹ DELEUZE, Gilles. (2005). *Logica del sentido*. Buenos Aires: Paidós, p. 28.

DEVENIR MONSTRUO DE MONSERRATE

BLOQUES DE DEVENIR

El devenir monstruo, el devenir animal, el devenir vegetal son cuasientidades que tienden a un proceso de actualización de sus condiciones impersonales, preindividuales, singulares, atemporales, en el contexto de las formas estratificadas, individuos en rasgos existentes o lo que aquí se ha llamado una procedencia oscura, una conducta criminal, o rasgos despreciables.

Actualizar el devenir monstruo no es que alguien haga de monstruo o lobo, como en la película de Mike Nichols, que hace que Jack Nicholson pase de un estadio humano a uno lobo. El devenir nada tiene de regresión, nada de imitación, nada de copiar, nada de imaginación, nada de objetos, ni sujetos, ningún término del que partir o al que llegar, en otras palabras, no hay devenir en el que Nicholson se transforme en lobo o Fredy Valencia en monstruo de Monserrate, primero porque son conciencias y segundo, porque un devenir no tiene más sujeto, ni objeto que sí mismo.

Pero ello no quiere decir que el devenir no proceda a actualizar sus condiciones, pero no lo hace modificando la realidad o cambiando las formas existentes, sino efectuando una manera de ser de la realidad, el estar en devenir. Pero este ser de las cosas no se revela, anda sin forma, conecta a las cosas en sensaciones,

“Como dice Emile Bréhier en su bella reconstrucción del pensamiento estoico: cuando el escalpelo corta la carne, el primer cuerpo produce sobre el segundo, no una propiedad nueva, sino un nuevo atributo, el ser cortado. El *atributo* no designa una *cualidad* real... es expresado siempre por un verbo, lo que quiere decir que no es un ser, sino una manera de ser”¹.

Este devenir es ya molecular, imperceptible, intenso, con movimientos intensos, de flujos de velocidad, está en multiplicidades, como manadas, poblaciones, en intensidades, por ejemplo, de dolor; el devenir es este paso imperceptible e intenso que tiene su propia realidad de ser.

¹ DELEUZE, Gilles. *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós, 2005, p. 31.

Solo así alguien deviene animal, monstruo, vegetal, en la medida en que es conectado a poblaciones de intensidades, monstruo, animal, vegetal, con sus movimientos, afectos impersonales, singularidades.

El hombre de los lobos (caso clínico descrito por Freud), deviene lobo en el instante que aprieta *demasiado* la mandíbula², o la intensidad monstruo, en *quantums* de oscuridad, criminalidad, odio, que experimenta el cuerpo del monstruo de Monserrate; o el devenir todo el mundo, en Nietzsche, donde los nombres (Prado, Lesepe, César), valen más por las variaciones intensivas y dinanismos que le traspasan, sin tener para nada en cuenta las formas reales de los sujetos o sus significados sociales.

Estos devenires se constituyen por el “encuentro o la relación de dos términos heterogéneos que se *desterritorializan* mutuamente”³, una “evolución *a-paralela*, de dos seres que no tienen nada que ver el uno con el otro”⁴, de ahí, el devenir animal del hombre, el devenir maquínico del hombre, el devenir monstruo del hombre ponen en relación naturalezas distintas, como cuando se une el discurso con el cuerpo del criminal que saca el monstruo de Monserrate, o la correlación de oscuridad-peligrosidad- abyección sale con otro monstruo, en conjunto son relaciones antinaturales que entran, en todo caso, a formar un bloque de devenir. Estas evoluciones *a-paralelas* “son del tipo, *x* no deviene monstruo, sin que éste no devenga otra cosa distinta”⁵.

La asimetría evolutiva hace al devenir monstruo mezcla de naturalezas de procedencia sin par: criminal con lo oscuro, con lo aborrecible, sin nada que ver con la mezcla de formas naturales o sociales. Un proceso evolutivo de esta naturaleza es enteramente intenso, imperceptible, molecular, de poblaciones.

Al devenir, un haz de intensidades monstruo, atraviesan el cuerpo del criminal o toma curso en individuos, grupos, colectividades, al tiempo que otra fuerza deviene reactiva. Una biopolítica de eliminar todo intento de resistencia, considerándola foco infeccioso o disciplinamiento de las partes del cuerpo, responde a esta asimetría evolutiva del devenir monstruo.

En el relato de DELEUZE con referencias a la película de Daniel Mann, puede verse esta evolución *a-paralela* que atrapa, en un solo bloque de devenir, a un individuo con nombre de ratón, y a un ratón con nombre de máquina: “Willard, vive con su autoritaria madre, en la vieja casa familiar. Espantosa atmósfera

² DELEUZE, Gilles. *Diferencia y repetición*.

³ ZOURABICHULLI, François. *El vocabulario de Deleuze*. p. 45.

⁴ DELEUZE, Gilles y PARNET, C. *Diálogos*. Valencia: Pre-Textos, 2004, p. 7.

⁵ DELEUZE, Gilles. *Diferencia y repetición*.

edípica. Su madre le ordena matar a una camada de ratones. Willard, le perdona la vida a uno (o a dos, o algunos). Tras una violenta disputa, la madre que “se parece” a un perro, muere. Willard corre el riesgo de perder la casa, codiciada por un hombre de negocios. Willard ama al ratón principal que ha salvado, Ben y que demuestra una inteligencia prodigiosa. Hay además una rata blanca, la compañera de Ben. Cuando regresa de la oficina, Willard les dedica todo su tiempo. Ahora han pululado. Willard conduce a la manada de ratones, dirigidos por Ben a casa del hombre de negocios, matándole atrocemente. Pero, llevando a sus dos favoritos a la oficina, comete una imprudencia y debe permitir que los empleados maten a la rata blanca. Ben se escapa después de mirar fija y duramente a Willard. Este conoce, entonces una pausa en su destino, en su *devenir ratón*. Con todas sus fuerzas, intenta permanecer entre los humanos. Acepta incluso las insinuaciones de una joven de su oficina que “se parece” mucho a una rata, pero que precisamente que solo se le parece. Pues bien, un día que ha invitado a la joven, dispuesto a dejarse conyugalizar, reedipizar, ve de nuevo a Ben, que se muestra rencoroso. Intenta cazarlo, pero de hecho ahuyenta a la joven y, atraído por Ben, desciende al sótano, donde le espera una innumerable manada para despedazarla. Es como un cuento, nunca es angustiante. Todo está presente en ella: un devenir animal, que no se contenta con pasar a la semejanza, que la semejanza más bien obstaculizaría o bloquearía un devenir-molécula, con la pululación de los ratones, la manada que mina las grandes potencias molares, familia, profesión, conyugalidad —una elección maléfica, puesto que en la manada hay un “preferido”, y una especie de contrato de alianza, de horrible pacto con el preferido—, la instauración de un agenciamiento, máquina de guerra o máquina criminal, que puede llegar hasta la autodestrucción, una circulación de afectos impersonales, una corriente alternativa que trastoca tanto los proyectos significantes, como los sentimientos subjetivos y constituye una sexualidad no humana, una irresistible desterritorialización, que anula de antemano las tentativas de reterritorialización edípica, conyugal o profesional”⁶.

Un bloque de devenir, de afectos, de movimientos aberrantes, de locas camadas, de fugas sin control, de juego de intensidades. Siguiendo otra vez al profesor CHALLENGER, tenía razón cuando decía que el bloque de estos incorporales puebla la superficie de la Tierra, “constituyen una multiplicidad sin fin, de seres incorporales”⁷, pero que eran efectos solo de superficie, debido la acción de los cuerpos, de sus acciones, pasiones, de la mezclas con otros cuerpos. La insistencia está en que un devenir no era un ser, sino un atributo, además,

⁶ DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. p. 244.

⁷ DELEUZE, Gilles. *Lógica del sentido*. p. 30.

el profesor CHALLENGER declaró que debía considerarse este devenir sin ser resultado de los movimientos telúricos de la tierra.

Nada de imaginar otra cosa, nada de utopías, nada de mundos imaginarios. En cualquier punto de su trayecto, alguien o algo puede ser tocado por un devenir molecular, intenso, imperceptible. La importancia de no ver los lobos, sino intensidades, afectos, singularidades lobos, es necesaria para entender el nivel de virtualidad o de acontecimiento que efectúa el devenir. El hombre de los lobos sentía virtualmente al animal al apretar los dientes, pero no tenía por qué cambiar de forma, bastaba entrar en otra relación para producir un lobo en un apretar los caninos.

Relación de lo virtual –devenir lobo– con lo actual –apretar los dientes–. En un primer momento se coaptan, pero en un segundo, entran en una evolución *a-paralela*, un proceso en tiempo virtual, y no en tiempo real, como puede verse en el devenir orquídea de la abeja con el devenir abeja de la orquídea: “una doble captura, puesto que [lo que] cada una deviene cambia tanto como [el que] deviene. (...) La orquídea y la abeja nos dan un ejemplo. La abeja deviene una parte del aparato de reproducción de la orquídea, y la orquídea deviene órgano sexual para la abeja”⁸.

Precisamente un doble devenir, que para lograrlo debe considerar ambos términos en una evolución *a-paralela*, de manera que uno no deviene animal, sin que el animal no devenga otra cosa. La Cosa o Entidad, en Lovencraff⁹, la misma que sobrecoge a Willard y a Ben, realiza esta doble evolución o doble devenir, Willard es captado por un bloque de devenir no humano, al tiempo que Ben deja su animalidad para entrar a un devenir máquina de guerra. Evolución sin cuerpos, sin órganos, sin trascendencia, direccionada hacia “una consistencia llamada molecular”¹⁰, hacia una superficie poblada de incorpóreos. Insistimos, la evolución del devenir nada tiene de una trascendencia de la imaginación de un pensamiento, es real en tanto es virtual, en tanto esté implicada en actualizarse, pero que no puede hacerlo si antes no deviene “variaciones intensivas (composiciones de velocidad entre elementos informales)”¹¹. Así Ben y Willard devienen manadas (ya que no son personas), devienen imperceptibles (ya que no son formas), devienen intensidades, singularidades (ya que no son segmentaciones duras).

Willard lleva este devenir molecular en flujos de animalidad, en la velocidad de manada, en los intensos afectos que se llevan a cabo, en alianza con el ratón

⁸ DELEUZE, Gilles *Diálogos*. p. 6.

⁹ H. P. Lovcraft. *El caso de Charles Dexter Ward*. México: Fontamara, 1998.

¹⁰ ZOURABICHULLI, François. *El vocabulario de Deleuze*. p. 46.

¹¹ ZOURABICHULLI, François. *El vocabulario de Deleuze*. p. 46.

Ben, y su máquina destructiva, cada cual, en su línea de combate, cada cual en su devenir molecular: devenir ratón de Willard, devenir máquina de guerra Ben.

El clásico hombre de los lobos de Freud es todo lo opuesto a un devenir animal, ya que es remitido a un significante mayor: el Padre, Dios, aniquilando su devenir, perdiendo el devenir molecular que podía llevarlo a la manada, y con ello minimizando su potencia a un problema entre padre e hijo. En el lobo de Jack Nicholson se percibe la falta de actividad de este bloque de devenir. Hay un yo lobo, que fija la identidad cuando de noche se transforma; sobreexpone las cualidades humanas y animales sobre las intensidades. Cuando aúlla hay un hombre lobo gritando, muy distante del aullido, que no es sonido ni una propiedad, ni siquiera es preciso emitirlo, sino en *quantums* de intensidad aullido, como cuando la sonrisa gato se separa del gato, en Alicia¹².

En *Las enseñanzas de don Juan* hay un devenir perro de Castaneda que se viene en intensidades, flujos, matices, una verdadera simbiosis de afectos heterogéneos: “todo cuanto podía ver era el perro, que se volvía iridiscente; una luz inmensa irradiaba de su cuerpo. Vi otra vez el flujo del agua atravesarlo, encenderlo como una hoguera. Me llegué al agua, hundí el rostro en la cacerola y bebí con él. Tenía yo las manos frente a mí y al beber veía el fluido correr por mis venas produciendo matices de rojo y amarillo y verde. Bebí más y más. Bebí hasta hallarme todo en llamas, resplandecía de pies a cabeza. Bebí hasta que el fluido salió de mi cuerpo a través de cada poro y se proyectó al exterior en fibras como de seda, y también yo adquirí una melena larga, lustrosa, iridiscente. Miré al perro y su melena era como la mía. Una felicidad suprema llenó mi cuerpo y corrimos juntos hacia una especie de tibieza amarilla procedente de algún lugar indefinido. Y allí jugamos. Jugamos y forcejeamos hasta que yo supe sus deseos y él supo los míos”¹³.

En la novela *En el punto de la mira*¹⁴ hay un devenir judío, que sobrecoge el entorno comunitario de la villa de la que Newman forma parte, solo falta que cambie de gafas para que este deseo –que podemos llamar maquínico– pudiera revertirse trágicamente sobre Newman. Y la extraña, pero lúcida noche del desierto, de Chacales y árabes se halla envuelta entre un mar de ojos chacal que despojan a K de sus diferencias con el animal, para colocarlo en un devenir chacal irresistible, solamente interrumpido por el látigo del árabe, regresando a los animales a su función carroñera, y a K, a un explorador: “y lo que antes,

¹² Citado por DELEUZE, en *Lógica del sentido*.

¹³ CASTANEDA, Carlos. *Las enseñanzas de don Juan*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 86.

¹⁴ MILLER, Arthur. *En el punto de mira*. Barcelona: Tusquets, 2010.

estaba tan lejos, de pronto estuvo cerca. Me rodeaba una multitud de chacales, ojos que destellaban como oro mate y volvían a apagarse, cuerpos esbeltos que se movían ágil y rítmicamente como bajo un látigo¹⁵.

Ahí, en este texto, está cuanto lleva un devenir: masas, flujos, destellos de intensidades, movimientos aberrantes: “bajo un látigo”, cercan al hombre para arrastrarlo a una inhumanidad solamente salvada por la entrada de los árabes, con su alijo de caracteres violentos que devuelven la realidad de las diferencias entre hombre y animal.

DELEUZE y GUATTARI insisten en multiplicidades heterogéneas que participan en un bloque de devenir, como puede verse en el texto sobre H. V. Hofmannsthal en el que la manada de animales deviene escritura. “Hofmannsthal, o más bien Lord Chandos, queda fascinado ante *un pueblo de ratones* que agoniza, y en él, a través de él, en los intersticios de su yo conmovido el alma del animal muestra los dientes al destino monstruoso: no piedad, sino *participación contra natura*. Entonces nace en él el extraño imperativo: o bien deja de escribir o bien escribir como un ratón¹⁶.”

Al devenir se abstraen cosas, personas, situaciones de sus formas habituales, para que entren al de las multiplicidades, con sus movimientos inesperados, velocidades variables, afectos, fugas, con partículas singulares. Así, el nombre Nietzsche deja de ser propiedad de un individuo particular, para entrar en un flujo inesperado de nombres impersonales. Nietzsche lo pone así: “no tome muy en serio el caso Prado. Yo soy Prado, yo soy el padre de Prado, oso decir que soy también Lesseps... Yo quería dar a mis parisinos a los que amo, un nuevo concepto honrado. Soy también Chambige –otro criminal honesto–¹⁷.”

Al devenir nombres tan históricos, tan facinerosos, tan políticos, no hay entidades, ni sujetos que valgan, sino fuerzas de afectos con potencia. De ahí, la ráfaga de luz, de viento, de sonidos, olores, que atraviesa violentamente el Nietzsche de Lesseps –a estas alturas importa poco o nada saber del sujeto Lesseps, qué hizo o qué representó en vida– y como toda ráfaga, dispersa los Lesseps que ha habido en la historia y aquellos que habrán de venir. Así habría un bloque de devenir. Por eso es ruin decir que hay una transformación del hombre en lobo o que un sujeto termina siendo el monstruo de Monserrate o un Nietzsche identificado con Lesseps.

¹⁵ KAFKA, Franz. *Chacales y árabes*. En *La condena*. Barcelona: Alianza Editorial, 1983, p. 79.

¹⁶ DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. p. 246.

¹⁷ *Carta a Jacobo Burckhardt*. En *Nietzsche 125 años*. Edición de Ramón Pérez Mantilla. Bogotá: Temis, 1977, p. 66.

Un bloque de devenir monstruo incluye una multiplicidad: grupo, colonia, manada, banda, masa, grupo, en dimensiones de intensidad, incluye afectos de repulsión, gestos de malignidad, de oscuridad incierta; transporta una temporalidad, que pasa el futuro y el pasado por encima del presente: “lo que acaba de pasar, y lo que va a pasar, pero nunca lo que pasa”¹⁸, hace un corte a la realidad produciendo el monstruo empírico, el que percibieron los habitantes de la metrópoli.

En el fondo está lo actual dado por el choque de cuerpos en las montañas de Monserrate, la descomposición que tuvieron, las operaciones subsiguientes, los agentes que intervinieron, todo ese aparataje en que vino envuelto el monstruo de Monserrate; y también un devenir imperceptible, molecular, intenso. Este devenir no se hace real bajo una forma concreta, sino por las intensidades afectivas que hacen circular en un espacio a la vez intensivo. Insistimos en la realidad de lo virtual, y no en la realidad de lo actual, aunque este no pierde nada, sino que gane en virtualidad, tampoco queremos hacer analogías, sino trazar una superficie incorpórea bajo la cual los cuerpos bullen ardientemente. Esta correspondencia de un devenir sin ser es radical en tanto “devenir en sí, completamente despojado de una base corporal”¹⁹.

Este devenir no sustituye la realidad factual y empírica de la metrópoli, ni la confronta ni la cambia ni la complementa, está ahí, en curso, flotante, indeterminada, virtual, como la espada de Damocles, imparable, sobre las cabezas de todos.

Que las masas hayan terminado por colocar a un monstruo en lo más alto de sus deseos no es más que un proceso de actualización de este devenir, su irremediable consecuencia. Y aquí, de nuevo, el cine destaca estos efectos flotantes en la superficie de las cosas: “recuérdese el motivo de la explosión de furia atronadora a lo largo de las dos partes de *Iván el Terrible*, que cambia constantemente y asume diferentes formas, desde la tormenta eléctrica, hasta las explosiones de furia incontrolable. Aunque al principio pueda aparecer como una expresión de la psique de Iván, su sonido se separa de Iván, y comienza a flotar alrededor, pasando de una persona a otra o a un estado no atribuible a ninguna persona diegética. Este motivo no debe ser interpretado como una “alegoría” con “un sentido profundo” determinado, sino como una pura intensidad “mecánica”, más allá del sentido”²⁰.

¹⁸ DELEUZE, Gilles. *Lógica del sentido*. p. 34.

¹⁹ ŽIŽEK, Slavoj. *Deleuze*. En *Ensayos sobre biopolítica: excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 2007, p. 151.

²⁰ ŽIŽEK, Slavoj. *Deleuze*. En *Ensayos sobre biopolítica: excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 2007, p.145.

En la película *Nosferatu* de Werner Herzog, la impasible neblina despega del Conde un halo de perversidad y de maldad, que desciende por las laderas de los Cárpatos, en una lentitud que nos parece insoportable. Este flujo de devenir maligno –la entidad que habla Lovencraff– llega a puerto por sus múltiples canales, se reproduce y prolifera mediante una desordenada irrupción de ratas, mucho antes de que empiece a tomar nuevamente cuerpo en el conde Nosferatu. La locura que sobreviene a la peste negra, la despersonalización que sufre la población no es sino efecto del paso desenfrenado de lo virtual a lo real.

Algo parecido al desenfreno, locura, desborde, acompañan al devenir monstruo de Monserrate, no solo para que la procedencia oscura, la conducta no ajustada, la aberración en sí, sean su contenido, sino porque coloca sus propios medios de expresión para expandirla.

Así, el desenfreno, reduplica el contenido hacia otros espacios para neutralizar los focos de resistencia que allí se hacen fuertes; la locura da apoteosis al derecho natural de deslegitimar lo que no esté dentro de la ley, de la convención, del rasgo fisonómico y tratarlo de riesgo biológico. En la metrópoli bogotana, esperaban al monstruo. Podía sentirse y olerse en oscuros márgenes, en la criminalidad, en el punto de mira de un rostro desagradable. Cuanto más se esperaba más se caldeaba los ánimos. No era un chivo expiatorio para expulsar los demonios interiores, ni se esperaba que, al llegar, diera pie para iniciar una gran conflagración, tenía que ser algo de menor valía que hiciera explotar la cordura en locura, el freno en desenfreno, la contención en desbordamiento.

Los discursos, lo vieron, lo expandieron, lo multiplicaron, lo convirtieron en locura colectiva, histeria total. Lenguas con largos y cortos pronunciamientos hablan de justicia, de cárcel, de enfermedad mental, de vicios, aberraciones, de liquidaciones en masa: ¿cuántos necesitan matar, para mantener la tasa de normalidad?, ¿cuáles son los costos que implica?, ¿la importancia de mantener un aire limpio?, ¿la importancia que adquiere el derecho a una vida descontaminada?, ¿la importancia de los sondeos?, ¿es claro que la seguridad es vital?

“- ¡Schmar! ¡Schmar! Todo fue visto; nada quedó oculto”²¹. Nadie llega a monstruo, ni a lobo, así gruña, asuste o cargue una joroba, dejémoslo a las ficciones monstruosas de Stephen King o al cine de horror que hace que Jack Nicholson pase de un estado humano a un estado lobo y que ese paso lo llame devenir.

Devenir monstruo, no parte de un sujeto, para llegar a un monstruo, como si su función fuera transformar cuerpos de monstruos en humanos; su fondo está

²¹ KAFKA, FRANZ. *Un fratricidio*. En *La condena*. Barcelona: Alianza, 1983, p. 97.

en la acción de los cuerpos, cuando se mezclan, se retiran o colisionan entre sí produciendo un “puro devenir sobre su causa corporal, de lo virtual a lo real”²².

Así, cuando el monstruo de Monserrate es puesto a hablar en la revista *Semana*²³, experimenta un terror ante el monstruo que está deviniendo, y verse dentro de una naturaleza distinta a su naturaleza de ser humano, y sentir que su yo tambalea, que está deviniendo en afectos de repudio, criminalidad y oscuridad es su mayor terror, de ahí la súplica, que hace al periodista, no para que le muestre las pruebas que tiene o le explique cuáles son las intenciones de llevarlo a monstruo, sino para que le quite, con algún sortilegio, el monstruo que se vino encima.

El paso del devenir monstruo desata al monstruo, “multiplicidad espectral y preontológica”²⁴ que hace que la realidad devenga otra cosa distinta: animal biopolítico. Una evolución *a-paralela*, que se realiza entre amorfos.

Que haya tomado a un individuo en particular, deja en claro que el devenir atañe a una cuestión de masas, poblaciones, multiplicidades, que toman posesión de un individuo cualquiera, para expandir su multiplicidad intensiva a todos lados. El monstruo de Monserrate es pues, un modo, para que las masas devengan monstruo, pero también para que transporten a otras instancias, grupos, colectividades las singularidades propias del monstruo, y con ellas producir una biopolítica de control social sobre grupos, individuos, cosas. Y sin duda, los discursos en saber y poder, funcionan como auténticas máquinas de efectuación de este devenir monstruo, en tanto señalan cómo debe verse y leerse el monstruo, cuáles son los movimientos que lo identifican, hacia dónde dirigirlo, qué realidad impactar, si la ordenada, regularizada, organizada o, por el contrario, la indomable, indubitable. Estas y tantas otras cosas pueden los discursos, dictar sobre qué hacer con el monstruo, pues su fin, aunque sirva de efectuación del devenir, sus efectos tienen una significación (biodisciplinaria), asimilando el monstruo de Monserrate a individuos o grupos minoritarios que, al no tener forma definida, puedan ser elevados a monstruos, y con ello facilitar la acción biopolítica de la aniquilación.

De hecho, los discursos sobre el monstruo no pudieron ejercer semejante política sin que pusiera por delante discursos como el del analista, la justicia, la psicología, el periodismo, que atribuyeran valores del monstruo: oscuridad, criminalidad, abyección, a cuanto se les interpusiera oliendo distinto.

²² ŽIŽEK, Slavoj. *Deleuze*. En *Ensayos sobre biopolítica: excesos de vida*. p. 141.

²³ Ver texto completo en el anexo.

²⁴ ŽIŽEK, Slavoj. *Deleuze*. En *Ensayos sobre biopolítica: excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 2007, p. 43.

CRONOLOGÍA DE UN MONSTRUO

En este aspecto, la cronología establece la temporalidad del monstruo, en serie de instantes, tal cuando adquiere un cuerpo, tal el nombre de monstruo de Monserrate, el momento en que otros cuerpos lo experimentan, el cuándo y hasta cuándo.

Es una cronología que hace ver el acontecimiento en lo que está pasando, deja al presente que repita el acontecimiento como “el nenúfar de Monet quien repite a todos los demás”¹ o el devenir monstruo, que actualiza la realidad presente. Es cronología de la historia ínfima e infame del monstruo de Monserrate, su ascenso y descenso, es también la actualidad de la biopolítica, anatomizada y atomizada en unos sucesos.

Una cronología de este estilo es afín a las significaciones de qué se dijo, cuándo se dijo y quién lo dijo; elabora un prontuario del monstruo, la serie de vicisitudes que pasó en su exigua existencia.

La cronología es un ABC del monstruo de Monserrate, pero también el desglose de un individuo que tuvo la desgracia –o la fortuna– de toparse con el poder cuando ya el olor de los cadáveres de las mujeres asesinadas hacía imprescindible que se tomaran cartas en el asunto. Lo hizo el periodismo, la psicología criminal, la confesión del monstruo; cada uno puso su grano de arena, su pedazo de poder para explicar por qué había tanta putrefacción en esos cadáveres.

Este toparse con el poder fue de choque, confrontación, batalla, del *rara avis* que emergió, así fue monstruo el que la cronología menciona. Se puede prever que, en otro choque discursivo, salga la cronología del monstruo 2.

- **30 de noviembre de 2015**

7 a. m. Se hace inclinar el foco de luz a un monstruo, tiene la cara, los ojos, la comisura de los labios, la esquiva mirada, tiene el Bronx-Cartucho, el cerro de Monserrate, lleva *n* crímenes a sus espaldas

¹ DELEUZE, Gilles. *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu, 2012, p. 22.

12 m. El foco de luz cae perpendicular en la cabeza del monstruo, lo que hace sombrear unos microporos en la piel, sobre todo bajo los pómulos, donde algo se agita; pero una voz en *off* se adelanta a la observación y dice que lo que se agita es el Bronx (Cartucho) de criminalidad, de maldad.

Entre las 12 m. y las 24 horas. Lo sombrado se proyecta y la luz permite que otros cuerpos lo perciban en imágenes, y entre horas, termina por poner en la boca de cada uno la palabra monstruo.

- **Diciembre 2 de 2015**

7 a. m. Primera confesión del monstruo. Acepta la existencia de más cadáveres enterrados entre capas de basura.

10 a. m. La cifra de cadáveres exhumados afecta los mercados de las bolsas de Bogotá.

12 m. Colapsan los medios de comunicación. Tremendas refriegas por ofrecer un monstruo que sea realmente un monstruo de individuo.

1 p. m. Los medios andan como locos. Lanzan por doquier imágenes del sujeto. Ceden su tiempo y espacios, que valen oro, para que el individuo hable de sus crímenes, en el fondo su locura consiste en que se es monstruo por el individuo. Descartan los crímenes, porque de ahí no salen monstruos, lo que les aclara el panorama. Y de pronto ven al monstruo, en el hormigueo que se sucede debajo de los pómulos, allí en esa malformación hay maldad, horror, oscuridad.

12 p. m. Reflexión antes de dormirse. ¿Esta locura no revela al monstruo que ha tomado los medios?

- **Diciembre 4 de 2015**

7 a. m. El monstruo regresa al cerro de Monserrate. Señala con el dedo la basura.

10 a. m. Hombres y máquinas

11 a. m. El monstruo asedia

12 m. Los medios recrean al monstruo, como quien va a compras al Bronx-Cartucho, allí engatusa a una muchacha, va con ella al cerro de Monserrate, la baña en agua fría, le practica sexo, la estrangula al aire libre, la entierra entre la basura.

12:30 p. m. Eureka. Anuncian en primera página, al monstruo. Hagan lo que quieran de él. Descuartícelo si es posible. Pero por favor no dejen de verlo, no dejen de nombrarlo.

12:35 p. m. Se levantan voces que piden la castración, la eternidad en una cárcel, la muerte inmediata.

12:40 p. m. Se sacuden las fuerzas reactivas. Hay linchamientos. Se desaparece la gente en lugares que ni siquiera habían oído hablar del monstruo.

12:00 p. m. Los mercados se estabilizan. Antes de ir a la cama. ¿Hay que estar loco para aceptar que un monstruo haya tenido padre madre, o que haya sentido vergüenza que unas niñas le bajaran los pantalones?

- **9 de diciembre de 2015**

7 a. m. Cuerpos encontrados:

- o 1 el sábado
- o 3 el martes
- o 4 el miércoles
- o 1 el jueves
- o 2 el sábado
- o Total: 11

12 m. Hablan analistas. Dan como gran noticia, que el monstruo es la mente humana, perturbada.

5 p. m. Las consultas psiquiátricas no dan abasto. Todos quieren saber qué monstruo mental está detrás de cada uno de sus actos.

12:00 p. m. Reflexión antes de dormir. Hay que hacer control, sin monstruos.

- **10 de diciembre de 2015**

7 a. m. Segunda confesión del monstruo. Declara que “niñas le bajaban los pantalones en la escuela”.

7 a. m. Según analistas, el tan alardeado odio hacia las mujeres proviene de quiénes miraron y qué miraron.

10 a. m. El monstruo se declara culpable.

11 a. m. Imputación de cargos por la Fiscalía.

12:00 p. m. Se hace *mutis* del monstruo.

- **20 de abril de 2016**

Primera condena al monstruo. 9 años y 5 meses de prisión

- **22 de julio de 2016**

Segunda condena al monstruo: 18 años de prisión

- **5 de mayo de 2017**

Tercera condena del monstruo: 36 años de prisión

REFERENCIAS

- CASTANEDA, Carlos. *Las enseñanzas de don Juan*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- DELEUZE, G. y PARNET, C. *Diálogos*. Valencia: Pre-Textos, 2004.
- DELEUZE, G. *Lógica del sentido*. Buenos Aires: Paidós, 2005.
- DELEUZE, Gilles. *Dos regímenes de locos*. Valencia: Pre-Textos, Valencia, 2007.
- DELEUZE, Gilles. *Foucault*. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- DELEUZE, Gilles y FÉLIX, Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Madrid: Pre-Textos, 2012.
- DELEUZE, Gilles. *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu, 2012.
- DELEUZE, Gilles. *La subjetivación. Curso sobre Foucault*. Buenos Aires: Cactus, 2015.
- DICKENS, Charles. *Nuestro amigo común*. Bogotá: DeBolsillo, 2012.
- ESTRADA, Juan A. *La imposible teodicea*. Madrid: Trotta, 1997.
- FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI Editores, 1987.
- FOUCAULT, Michel. *La vida de los hombres infames*. Buenos Aires: Altamira, 2000. Foucault, Michel. *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- FOUCAULT, Michel. (2011). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa, 2011.
- FOUCAULT, Michel. *Los anormales*. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- FOUCAULT, Michel. *Seguridad, territorio, población*. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. Voluntad de saber*. México: Siglo XXI. 2011.
- JAMES, Henry. *Otra vuelta a la tuerca*. Bogotá: Rei Andes, 1993.
- KAFKA, Franz. *Chacales y árabes*. En *La condena*. Barcelona: Alianza Editorial, 1983.

- KAFKA, Franz. *Un fratricidio*. En *La condena*. Barcelona: Alianza Editorial, 1983.
- LAPOUJADE, David. *Deleuze los movimientos aberrantes*. Buenos Aires: Cactus, 2016.
- LE CLÉZIO, Jean Mari Gustave. *Viaje a Rodrigues*. Bogotá: La otra orilla, 2008.
- LEIBNIZ, G. W. *La teodicea*. Madrid: Aguilar, 1954.
- LEIBNIZ, G. W. *Monadología. Discurso de metafísica, profesión de fe del filósofo*. Buenos Aires: Orbis, 1983.
- LAZZARATO. *El Funcionamiento de los signos y de las semióticas en el capitalismo contemporáneo*. Palabra Clave, vol. 15, n.º 3, pp. 713-725. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0122-82852012000300017.
- LOVECRAFT, H. *El caso de Charles Dexter*. México: Fontamara, 1998.
- MILLER, Arthur. *En el punto de mira*. Barcelona: Tusquets, 2010.
- NEGRI, Antonio. *El monstruo político. Vida desnuda y potencia*. En *Ensayos sobre biopolítica: excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- PEREZ, M. R. *Nietzsche 125 años*. Bogotá: Temis, 1977.
- SAN AGUSTÍN. *Las Confesiones*. Bogotá: Esquilo, 2000.
- ŽIŽEK, Slavoj. Deleuze. En *Ensayos sobre biopolítica: excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- ZOURABICHULLI, François. *El vocabulario de Deleuze*. Buenos Aires: Atuel, 2007.

ANEXOS

ANEXO A. ARTÍCULO DEL PERIÓDICO EL ESPECTADOR

Asesino de Monserrate: un psicópata sin cura¹

Jaime Flórez Suárez (22 de febrero de 2016)

El Espectador habló con un perfilador de asesinos en serie, quien dijo que fue un error haber detenido la búsqueda, ya que, según su experiencia, podrían ser mínimo 40 víctimas.

Freddy Valencia, conocido como el “asesino de Monserrate”, compareció ayer ante un juez de garantías. En diciembre ya le habían imputado cargos por el primer cuerpo que encontraron. Esta vez la Fiscalía le imputó cargos por homicidio agravado y acceso carnal violento por 8 de los 11 cuerpos que hallaron en inmediaciones de su cambuche. Aunque el caso en sí es escalofriante, lo complejo es que podría ser de una magnitud aún mayor. El Espectador habló con Belisario Valbuena, perfilador de asesinos en serie para entender la mente de este criminal. El profesional sugiere que 11 víctimas apenas es el comienzo, ya que, según sus cálculos, podrían ser más.

¿Cuál es su análisis de todo este caso?

Creo que Freddy Valencia mató al menos a 40 mujeres. Dice que a los 26 años empezó a consumir drogas, porque lo abandonó una mujer. Esa es una manipulación para justificar cómo se volvió asesino serial. Además, que llevó a su cambuche a un centenar de mujeres y que no a todas las mató. Sin embargo, al psicópata serial no le genera placer el sexo, sino someter a la víctima, humillarla y tener el poder sobre su vida. Por eso su *modus operandi* fue estrangularlas, porque es algo íntimo y cercano, puede ver cómo se le va la vida a la víctima.

¿Por qué calcula que pueden ser 40 víctimas?

En la perfilación del asesino serial hay algo llamado escalada criminal, que empieza con delitos simples, pasa al acceso carnal violento y, como no es

¹ El texto está disponible en <https://www.elespectador.com/bogota/asesino-de-monserrate-un-psicopata-sin-cura-article-618101/>.

suficiente, llega al homicidio, que es lo que realmente le produce placer. Estos sujetos no buscan una víctima al año, son predadores. Además, si analizamos el nicho donde delinquía (el sector de la L o el Bronx), fácilmente podía conseguir mujeres adictas y ofrecerles estada en su cambuche a cambio de favores sexuales. Sin embargo, no me creo el cuento del favor sexual. Considero que el sujeto utilizaba el engaño de darle comida y droga para asaltarlas sexualmente. Estos sujetos necesitan la violencia para sentir placer.

¿Realmente pueden ser tantas?

No son sujetos que se conformen con asesinar una vez al año. Esto empieza a volverse compulsivo, lo necesita tanto como la droga. No diariamente, porque sienten cierta conciencia moral al saber que es delito. Sin embargo, por las características del caso, me hace pensar que por lo menos tendría entre dos o tres víctimas al mes.

Si en la zona vivían otras personas, ¿por qué nadie denunció?

Tengo información de que Valencia alquilaba esos cambuches por 10 mil o 15 mil pesos y era quien dominaba la zona. Y es en ese contexto donde se le facilitaba atacar a las víctimas. Hubo testimonios de vecinos de cambuches que decían que escuchaban los gritos de las víctimas y sentían el olor nauseabundo, porque él guardaba los cadáveres.

¿Por qué conservarlos?

Hay asesinos seriales que llegan a ser necrófilos, es decir, que tienen actos sexuales con el cadáver. Valencia lo niega, pero si sentía ese afecto por la muerte, es posible que hubiera tenido conductas necrófilas. Si no las tuviera, después del crimen se hubiera liberado del cadáver. Pero él no lo hacía. Lo tenía un tiempo, hasta que no aguantaba la descomposición. Luego las enterraba en las fosas que tenía establecidas.

Sólo lo han procesado por algunos cuerpos...

Él fue hábil al aceptar un homicidio. El reto de la Fiscalía es adjudicarle científicamente las otras víctimas y seguir buscando más. Preocupa que las autoridades hubieran suspendido la búsqueda, porque seguro hay más víctimas y no hay que esperar a que él confiese. En su astucia, que es otro rasgo del psicópata, él guardará silencio.

¿Su abogado puede alegar enfermedad mental para que lo declaren inimputable?

No veo que progrese esa teoría, ya que el dictamen de Medicina Legal certifica que Valencia tiene un trastorno antisocial de personalidad, es decir, que tiene la

capacidad de autodeterminarse, que es un sujeto que, de manera fría, sin empatía y calculada captaba a la víctima, la llevaba al cambuche, la atacaba sexualmente y la mataba. Hay que resaltar que el dictamen en el caso de Freddy Valencia parece una lección aprendida del caso de Javier Velasco, quien asesinó a Rosa Elvira Cely.

¿Cómo aportó ese caso en esta historia?

Velasco ya había asesinado a otra mujer, con un modus operandi similar: la invitó a tomar cerveza, la llevó a su taller, la agredió sexualmente, la mató con un machete, durmió con el cadáver y después tiró su cuerpo en un sitio donde dejan la basura. Luego, cuando fue a juicio, se encontró que tenía problemas con el alcohol y que convenientemente no recordaba lo que había pasado. Medicina Legal le diagnosticó trastorno limítrofe de personalidad, lo declaró inimputable y sugirió que era mejor un tratamiento que la cárcel. El sujeto, al ser manipulador, asistió a dos sesiones y después se escapó. Volvimos a saber de él cuando mató a Rosa Elvira, en el Parque Nacional. De este caso aprendió Medicina Legal.

¿Cuál es la diferencia con el dictamen de Valencia?

Que esta vez se supo hacer un dictamen, donde se consideró algo que en psicología llamamos las estrategias de manipulación del psicópata, donde quiere mostrar otra cara, dar otra historia y justificar sus crímenes. En el caso de Valencia, recuerden que habló del abandono de su madre y el de una pareja, que le fue infiel, lo que lo llevó a sentir odio hacia las mujeres y por eso se convirtió en asesino. Eso es falso. Científicamente es imposible, porque si fuera así todos los que hemos tenido una decepción amorosa, maltrato o abandono en la infancia nos volveríamos asesinos seriales.

¿Los crímenes de Valencia se podrían catalogar como feminicidio?

Por supuesto. Estamos hablando de feminicidio serial. Incluso, este sujeto ha señalado que sentía odio y rencor hacia la mujer por el hecho de ser mujer. Eso es lo que diferencia el feminicidio de otras clases de homicidio. Se le podría aplicar la ley de feminicidio con todo el rigor. El problema sería que tuviese una víctima a partir de la entrada en vigencia de la ley.

Si logran identificar al menos una víctima luego de la entrada en vigencia de la Ley del Feminicidio, ¿cómo sería el proceso?

Tendría que haber una correlación entre los hallazgos de los cadáveres y el momento en que desaparece la víctima. Aquí hay que hacer una labor en el área geográfica donde delinquiría Freddy Valencia, que hasta el momento desconozco

si se ha hecho. Buscar los testigos y correlacionar la autoría que posiblemente tuvo Freddy Valencia con ese crimen. Incluso, aprovechar que con antropología forense puede determinarse el tiempo de muerte.

Pero, por ahora, parece que no se le podrá aplicar la Ley de Femicidio o Rosa Elvira Cely. ¿Cómo debería enfrentar este caso la Fiscalía?

Debe buscar la máxima pena, porque no solo es homicidio agravado, sino que hay más delitos. La Fiscalía debe buscar que su pena llegue por lo menos a 50 años. Además, que no le permitan beneficio por confesión o cooperación con la justicia, porque él lo hace para manipular. Los psicópatas no se arrepienten de sus crímenes. Haga cuentas. Valencia aún es joven y si lo condenan a 40 años, por aceptar los crímenes le rebajan a 20 años. Y si a eso le resta rebajas por estudio o trabajo, saldría en máximo 16 años para seguir matando. Los psicópatas no tienen cura. Debemos hacer esa prospectiva para evitar que eso vuelva a ocurrir con este asesino serial.

¿Podría llegar a ofrecer perdón?

Sería una estrategia de manipulación más. El psicópata no tiene esa capacidad, emocionalmente es autista. Para él, el sufrimiento de las víctimas le genera placer. Y si no entendió el sufrimiento de las víctimas, menos entenderá el dolor de los familiares. Si pide perdón va a ser falso. Sólo será para buscar beneficios con la justicia.

¿Hay algún antecedente de un caso similar?

Sí, el de Daniel Camargo Barbosa, un asesino serial que nació en Cundinamarca. Se le conoció como el “sádico del Charquito”. Violaba, torturaba y asesinaba a mujeres. Al igual que Freddy Valencia, era un sujeto manipulador e inteligente. Se presume que mató en promedio a 150 mujeres en Colombia, Ecuador y Brasil. Es el antecedente que tenemos con otro asesino serial, feminicida, similar al “asesino de Monserrate”.

Este tipo de casos parecen más comunes en Estados Unidos que en Colombia.

Hay que romper el mito de que el asesino serial en Colombia no es común. Lo que pasa es que en Estados Unidos hay más, porque hay más población. Segundo, el territorio estadounidense se presta para el favorecimiento del homicidio serial. Allí es muy fácil abandonar los cadáveres. Además, acá lamentablemente se descubre tarde, después de que, como en este caso, el sujeto admite por lo menos 11 víctimas, pero estoy seguro de que hay más.

Habla de la relación del entorno geográfico. ¿Cómo se relaciona el de Freddy Valencia con su actuar?

Su zona de confort, donde comete los crímenes, es importante. Según el modelo inglés, no hay sólo un perfil criminal del asesino serial, sino también un perfil geográfico. Una zona donde el criminal se siente cómodo asesinando. Ahí puede captar, atacar y esconder los cadáveres. La zona le permite hacer esos tres procesos. Los cerros orientales son un lugar favorable, mucho más si el sujeto no sólo tenía ahí su residencia, sino que tenía un negocio de alquilar cambuches. Era un área que a él le pertenecía. Él conocía bien. Lo mismo que la zona de la L, el Bronx o el Cartucho, donde iba a captar a las víctimas.

¿Cómo las escogía?

Eran mujeres que nadie extrañaba, que estuvieran sumidas en la indigencia, en el consumo de drogas y que precisamente habían sido desligadas de sus familias. Es la victimología perfecta. Por ejemplo, el “monstruo de los cañaduzales” usaba la fachada de vender helados para buscar niños de extracción humilde. Ellos saben que las autoridades no van a prestar mucha atención en ese tipo de víctimas y que los esfuerzos de búsqueda no serán suficientes ni habrá una investigación rigurosa. Si ocurre, es después de encontrar muchos cadáveres o de conocer muchas denuncias en una zona. Entonces la Policía se alerta. Pero antes, lastimosamente, no hay preocupación por el tema. Eso favorece a que el asesino serial siga en su escalada criminal.

¿Cómo define a Freddy Valencia?

Es un psicópata serial sexual. Es un sujeto manipulador con falta de empatía. No siente remordimiento por sus crímenes ni consideración por el sufrimiento de la víctima. Es un predador y vivía para eso. De hecho, el dinero que conseguía lo usaba para captar las víctimas, en llevarlas a su zona de confort, en atacarlas y ultimarlas. El hecho de ser adicto no tiene correlación con el hecho de ser asesino. Esto es parte de su escalada criminal, de su *modus operandi*. Un sujeto astuto, que a través de una aparente historia familiar de abandono quiere justificar sus delitos y obtener beneficios de la justicia. Es un sujeto que no tiene redención. Si él saliera mañana de la cárcel, haría lo mismo. Peor aún, lo perfeccionaría. Esos sujetos tienen memoria forense. Analizan la equivocación que los llevó a ser atrapados y la corrigen. Eso aumenta su peligrosidad. Ese es uno de los argumentos que deben usar no sólo el fiscal sino Medicina Legal, para pedir la máxima pena.

En cuanto a asesinos sexuales y seriales, ¿cuáles son las lecciones aprendidas para el caso colombiano?

El asesino busca fachadas donde la Policía no se involucra. A esta no le interesa, por ejemplo, investigar a un indigente. En algunos casos por desprecio, por asco, por algún sentimiento adverso que tenemos los seres humanos. Entonces, fíjese cómo en el caso de Valencia la lección es que en un contexto en el que la Policía no coloca sus ojos había un asesino serial. Fue un caso fortuito el que permitió descubrirlo. Incluso, no habríamos sabido qué tan prolijo era en sus víctimas si él mismo no lo hubiera contado. De lo contrario, estoy seguro de que sólo se la hubiera jugado por una víctima, que fue encontrada. Como dije, estoy seguro de que hay más víctimas de lo que él admite y de lo que los investigadores del caso han encontrado hasta la fecha.

ANEXO B. ARTÍCULO DE LA REVISTA SEMANA

Entrevista a Freddy Valencia

Normal... como un niño normal. He... Yo, yo viví una infancia como un poco rechazada de parte de las mujeres porque era un poco cansón, era muy imperactivo (hiperactivo), es la palabra. ¡Um! Y por ello las niñas me, me aislaban, siempre tuve una imagen de... me aislaban en todo momento. Llegó Valencia, llegó Valencia y no, no juega Valencia, no juega o no que él no, no lo llevemos que no y y... pues pienso yo que desde ese momento fue que empezó el rencor hacia todo el mundo, o sea yo mantenía una agresividad, a mí no me podían decir cosas que no me gustaran porque al instante reaccionaba de manera grosera y muy altanera, con los profesores y... hasta el día que en educación física unas niñas me bajaron la pantaloneta y... vieron mi miembro, y se reían y... yo tenía como ocho años y desde los ocho años fue que empezó mi comportamiento agresivo hacia todo el mundo y más que todo hacia las niñas...

¿Y cómo eran las relaciones? Usted vivía con su papá, con su hermana.

Yo vivía con mi papá, con mi mamá y mi hermana. Mi papá, nunca col... él tenía otra, otra pareja, él, tuvo a mi hermana, o sea, hizo, a mi hermana y a mí, se fue para, consiguió otra mujer, mi mamá era muy celosa y lo celaba mucho y mantenían peleando demasiado y mi mamá sufría mucho porque, porque mi papá era perro, era muy perro, y... entonces mi papá tomo la opción de irse de la casa y, entonces mi mamá fue una, una, lucho muy fuerte, le tocó muy pesado para so..., para podernos, como se dice, podernos, mantener.

Ahí, cómo transcurre, o sea, usted comienza con un resentimiento contra las niñas, desde pequeño.

Desde pequeño, pues, básicamente era con todo el mundo, ya fuera hombre, o sea, siempre y cuando me rechazaran, me aislaran, era violento con esas personas, así fueran niñas o hombres.

Fredy, usted ahí de adolescente o de niño, ahí comienza a, a meterse en el mundo de las drogas.

He, después de, de lo que ocurrió con las niñas, pues, de a... a reflejarse la violencia que mantenía, porque a mí no me podían decir nada, la psicóloga del

colegio me, me aconsejó que si quería seguir estudiando en la institución debía vincularme a una academia de artes marciales con el fin de, de desahogar esa furia que mantenía dentro de mí porque, porque a mí no me podían decir nada y pues académicamente era excelente y por eso no querían que yo saliera de la institución, entonces, he, falleció mi mamá, al, en el año 2000, me tocó irme a vivir al barrio Kennedy, con, cerca al, al apartamento donde mi papá y tuve, tuve, un, un, conocí una mujer que tenía una niña y, y me la llevé a vivir, he, yo trabajaba vendiendo lujos para carros, me mandaban para la costa, cuando regresaba del, del viaje, la última vez que regrese del viaje la dueña del apartamento me dijo que, que mi mujer era, una persona que no merecía, que, que yo no merecía esa mujer, que ella no esperaba que yo me fuera para meter tipos al, al apartamento y, entonces yo, desde ahí, fue, le perdí, tras de que el fallecimiento y todo, fue tan rápido, falleció mi mamá, mi mujer me engañó y pues yo ya estaba con, yo ya estaba prob..., en las drogas y, y ahí le perdí el sentido a la vida.

A trabajar, yo me puse a trabajar y ahí fue cuando conocí la mujer, la pelada que le comento y, y no funcionó, entonces ahí fue cuando tomé la decisión de, de ponerme a robar, me puse a robar, a delinquir y me, por ahí casi me matan, tuve, duré seis meses en coma en el hospital de Kennedy y pues nada, a raíz de que yo era muy grosero, muy altanero, muy avión y, ya en el barrio ya me conocían mucho y, me quisieron dar de baja y no pudieron como, como me sabía defender, no permití que me mataran, me pude defender y, y así, cuando desperté tomé la opción de no volver a hacerle mal a nadie, pero yo ya consumía drogas y, igual.

¿Y usted iba a dónde? ¿Al Bronx? ¿Dónde?

A la calle del Cartucho, cuando existía el Cartucho, hace muchos años, no existía el Bronx todavía, y ahí empezó, empezó mí, mi temporada de drogadicción, por decirlo así.

¿Cómo termina usted viviendo en el cambuche de los cerros?

¡Em! A raíz de que yo vivía en la calle pues yo comía de la basura, aguantaba mucho frío, aguantaba necesidades, se me reventó el apéndice, me dio peritonitis, me hicieron la cirugía, me pudieron salvar la vida, pero tuve que tener, durar un año con bolsa de colostomía, entonces la gente me aislaba, mucho por, el olor, se siente un olor desagradable, por tener eso por fuera y yo procuraba encontrar lugares solos, o sea, estar solo, siempre solo, aislado del, y un día arranque a caminar sin rumbo fijo y... llegué a la montaña, no sé cómo llegue allá, a ese, a ese punto donde pude llegar a, a consumir, o sea mi intención era encontrar un lugar que no hubiese nadie, que no molestara a nadie, que no incomodara a nadie y yo poder consumir el vicio.

¿Y usted mismo hace el cambuche y todo?

Y a poco a poco fui subiendo plásticos, poco a poco fui subiendo palos, y, y hasta que me hice una casita, y, y pues cada año iba remodelando, hasta que llegaba la alcaldía y me la, me la tumbaba porque desafortunadamente no tenía papeles de eso, o sea eso era invasión y por ley nadie podía ten... , construir casas ahí, ni cambuches ni nada, entonces me la tumbaban y yo vuelva y empiece a, a construir algo, hasta, hasta un día que me, que deje la vela ahí, la vela prendida y casi me, casi me quedo ahí, calcinado se llama no se cosas de mi dios, mi diosito me ha salvado de muchas cosas desagradables.

¿Fredy usted cómo termina, como empieza usted a llevar a las muchachas al cambuche? ¿Cuándo arranca usted a llevar las muchachas?

Pues cuando yo estaba en la calle con el problema que le cuento del de la, del estómago yo, yo me, o sea, quise que en algún momento alguna persona me tendiera la mano y me dijera venga yo le ayudo, qué necesita, entonces yo, en ciertos momentos iba transitando por ahí y veía personas comiendo de la basura o, o durmiendo en el piso y yo les brindaba una ayuda, sí, les, les brindaba comida, les brindaba ropa, les brindaba cosas, de mujer, las que yo llevaba eran mujeres, y, pues así accedían a, pero eso siempre que yo les brindaba la ayuda yo les decía que lo que yo les daba era a cambio de, cinco minutos de, de placer, y, o sea todo era, previamente planeado, cosa que no, ningún momento mi intención, en ningún momento fue, o sea yo nunca planeé que ellas fallecieran o tenerlas que yo matar.

¿Entonces cómo llega a ese punto de...?

Porque he, um, pues llegábamos al cambuche, era obligatorio que se bañaran, que se cambiaran y escogieran lo que les gustaba de ya sea maquillaje, ya sea bolsos, ca... , collares, cosas de mujeres, y que, me , me complacieran, entonces, des... , decían que no, eran personas, pues, sí desafortunadamente los que tuvimos que vivir en la calle, mantener en la calle, teníamos que aguantar muchas humillaciones de parte de la gente y yo creo que por eso se forma... , se forjaba una manera altanera de comportarnos, me entiende, y entonces esas mujeres, no y que no querían y que no querían y, y eran a robarsenme (robárseme) mis cosas, mis cosas de valor y, y entonces, yo no lo permitía y yo les decía no puedo permitir que usted salga de acá sin que me cumpla lo que, lo que quedamos y mucho menos que se me vaya a llevar mis tenis, o mi chaqueta, o que sé yo, de alguna cosa se pegaban, y cómo así que no y... en varias ocasiones me agredieron, me chuzaron, como seis y, pues ahí yo reaccionaba agresivamente y las dominaba y empezaban a gritar y yo mi intención era callarlas, las tomaba del cuello, y era cállese, cállese, y más de una mujer, o sea en todas las ocasiones era casi lo mismo, era lo mismo porque las dominaba y las callaba asfixiándolas, pero, en

algún momento, y si las soltaba y si se somete a las condiciones que quedamos y sí, era normal, y teníamos sexo y se podían ir, pero algunas no y que no y oponían resistencia y, y me golpeaban de alguna manera y me, se resistían a mi condiciones y, las asfixiaba.

¿Cuántas mujeres pudo haber llevado usted al cambuche?

Alrededor, de un total de todas las mujeres que yo llevé, muchísimas, más de cien, yo diario, procuraba servirle a alguien, no necesariamente tenía que, quedar allá enterradas, sí las que desafortunadamente aproximadamente son como 18 me parece que, que quedaron enterradas en la montaña.

Usted dice que no tenía intención de hacerles daño...

En ningún momento.

Pero 18, o sea cómo me explica 18...

Pues 18 eran las mujeres que me buscaban problema y, y me incumplían con, de su, su palabra, la palabra que me daban desde un principio que yo les decía bueno, yo les doy esto, esto y esto a cambio de tal, sí y se iban de abusivas y a robarme y a agredirme y, no, no podía evitarlo.

¿Usted que hacía apenas veía que ya estaban muertas, o sea...?

Intentaba reanimarlas porque, tener sexo con una persona muerta no, no sabe a nada, o sea no, mi intención en ningún momento fue matarla a ningún a ninguna mujer, mi idea era servirles, si no que no podía permitir que tras del hecho me agredieran y me sacaran sangre o... tengo pruebas, tengo cuestiones y testigos que pueden decir, que yo no soy tan monstruo como me tildan.

¿Pero usted finalmente, o sea ya, una vez estaban muertas, usted las descuartizaba?

En ningún momento yo descuartice a una mujer, ni le saque sangre, ni...

¿Usted si las enterraba cerca al cambuche?

He, sí, las, pues, no sabía dónde meterlas, ni nada, era nuevo para mí las primeras, ya después se fue, se fue..., volviendo una rutina, que siempre me tocaba la mayoría eran muy groseras y, pues no más de una gustaría que saliera a la luz alguna que dijera que, que mi intención solo era tener sexo y que se fuera, en ningún momento, y más de una por ahí se debe haber enterado de mi caso y me gustaría que saliera a la luz y pudiera decir que lo que yo digo es verdad.

Fredy ¿Usted cuánto, como hacia las fosas, como cavaba esos huecos?

Pues yo tenía un basurero, donde... ahí al lado de mi casa botaban la basura y, y pues abría un hueco, removía la basura y, las tiraba ahí y las volvía y las tapaba con basura. No quiero hablar más... o sea, no, no sé si estoy haciendo algo porque, porque la imagen que ya me formé de que el monstruo y de que las muertas y que como así que pero 18 y o sea suena contradictorio pero es así, yo sé, yo diga lo que yo diga siempre voy a, me van a tildar como el malo y como el, sí porque también yo reconozco que no debí haber llegado a esos extremos pero son problemas de agresividad que tengo y a mí siempre y cuando no me toquen, no me agredan, no me insulten yo soy una persona muy caballerosa, muy honrada, muy respetuosa hacia las mujeres y amo, respeto a las mujeres y tengo muchos conocidas que pueden decir eso y más de mí.

¿Usted de que vivía Fredy? ¿Del reciclaje?

Del reciclaje, yo reciclaba en la Universidad de los Andes, reciclaba en la Universidad de los Andes, mi intención era conseguir era comida porque el reciclaje no era que me fuera, no me diera mucho dinero, yo ganaba 3.000 4.000 pesos diarios lo que era pa' las espermas y la, la panela y pal' pal' vicio.

¿Y todas estas muchachas usted las buscaba donde, como, en que sitio se hacía?

Yo no, o sea, yo no, yo no soy un asesino en serie, yo no tenía que buscarlas, yo solo transitaba, o sea iba vendía el reciclaje, era ocasionalmente que yo veía a alguien por ahí que necesitara algo que yo le podría servir y yo le decía yo tengo ropa que le puede servir, yo tengo comida que, no coma de ahí, camine y yo le ayudo y accedían pero mami, yo pues a cambio no sé, mi intención no es sobornarla pero me gustaría, si le parece después de que yo le de lo que le prometí pues que me complaciera sexualmente y accedía, yo en ningún momento llegué a llevarlas amarradas, ni, siempre era bajo esas condiciones y accedían, si no, no sé, siempre querían ver mi manera de ser dócil y bien, elegante, lo tomaban por otro lado y, ya después no, no querían y era antes me insultaban, querían robarse, llevárase mis cosas y ahí se me salía.

¿Fredy y usted como hacia cuando ya estaban los huecos, las tumbas y esto, y fueron una, dos, tres, a usted no le daba como remordimiento levantarse y ver...?

Sí claro, yo, después ya de la segunda, la tercera, las noches ya no eran las mismas, yo, yo no podía descansar a mí me, me consternaba mucho el saber que lo que había cometido era un crimen pero, ya lo hice, ya que igual tenía

necesidades y yo pues evitaba tener problemas para llegar a esos extremos, pero desafortunadamente ellas se buscaban, el, el final.

¿Y usted nunca pensó en algún momento entregarse a la policía o decirle a alguien lo que había hecho?

No porque eso era de delito, yo sé que es delito y da cárcel y yo, pues, mi intención era desde la última mujer que quedo allá que fue hace un año, dije en la vida vuelvo a invitar a una mujer a mi casa porque si siempre va a ser lo mismo yo ya no quiero tener más problemas con dios y no pienso volver a invitar a nadie a mi casa, así no tenga, no tenga que volver, me, más bien me pienso rehacer mi vida, olvidarme de esta montaña y surgir, surgir siempre es lo que he tenido en mi mente y sé que algún día voy a poder cumplir mis metas de ser una persona de bien y estudiar y trabajar juicioso y volver a mi familia.

¿Usted hace cuanto no habla con su familia?

He, pues, no mucho tiempo pero o sea, de, solo de saludo y no más, que me botan, me regalan pal' almuerzo, no más, pero como yo quisiera regresar a mi familia y disfrutar una navidad con ellos, disfrutar, que sé yo, unos cumpleaños o sí, vivir un entorno de, de, de familia, de sangre, no, mucho años, muchos años, el solo el saludo, y que más, qué ha hecho, cómo le ha ido, bien, bien, bueno vea tome pal' almuerzo, eso es, pero yo quería que, y anhelo que algún día poder volver a estar de lleno con mi familia.

¿Fredy y realmente cuantas mujeres cree que puede haber enterradas en la montaña?

He, alrededor de 18 mujeres.

¿Y usted tiene claro los sitios donde quedaron estas mujeres?

Exactamente, sí, sí señor.

¿Usted se arrepiente de...?

Totalmente, totalmente, tanto con dios, como con las familias, me gustaría, no sé, de alguna u otra manera saber indicar cuál era, cuáles eran, o sea si hay un, una información de personas desaparecidas yo puedo señalar y decir esta, esta, esta y esta fue para que puedan.

¿Y usted se acuerda perfectamente de todas ellas?

Las caras, nombres, no sé, las caras sí yo sé que si viéndolas en alguna foto o algo así yo sé que yo puedo indicar.

¿Las mujeres que no quedaron en la montaña, o sea las que subieron y salieron vivas de ahí cuanto tiempo pasaban en el cambuche?

Habían unas que duraban hasta semanas, se amañaban ahí conmigo y, sino que en ciertos momentos, son mujeres que no les gusta el aseo, no les gusta mucho el, el orden y, y eso es algo que rige en mi vida, el orden, el aseo, y el, el intentar surgir, me entiende, cada día buscaba la manera de, de mejorar mi calidad de vida, y cosa que no estaban en los planes de ellas entonces me tocaba decirles más bien váyanse, yo necesito un apoyo, yo necesito alguien que me ayude a surgir, no que me tenga estancado, bien, suficiente sí o que.

Listo Fredy

Les podría pedir un favor grandísimo, no sé si se pueda.

Claro

Es que no sé por qué me, me disgusta tanto ese apodo de monstruo.

¡Aja!

Agradecería inmensamente.

Claro, lo entiendo.

Yo en realidad no sé si me comprendió todo lo que...

Sí, el tiempo que le daba era eso, es decir, que pudiera explicar.

Sí, aclarar, aclarar varias dudas y yo no soy un monstruo, mi intención en ningún momento fue, o si no créame que no serían 20 sino centenares de mujeres las que estarían enterradas allá, si ese fuese mi meta, mi, mi, no.

Esta obra
se terminó de imprimir
el 30 de agosto de 2025,
en los talleres gráficos de
GRUPO EDITORIAL IBÁÑEZ,
Cra. 69 Bis No. 36-20 Sur
Tels.: 2300731 - 2386035
Bogotá D.C. - Colombia

El corpus del monstruo de Monserrate analizará la figura del monstruo en su irrupción, identificando los fragmentos discursivos que lo configuran como visible y enunciable, así como las fuerzas que lo impulsan a encarnarse en un sujeto marcado por la oscuridad. Este individuo, cuya procedencia permanece indeterminada, será presentado como aquel que otorga inteligibilidad al monstruo. Asimismo, se evidenciará la forma en que este ser monstruoso se articula con el sujeto emergido a partir de un crimen, y cómo el orden social normativo reacciona —no sin cierta celebración— ante su ingreso en el espacio compartido. No resulta extraño, por tanto, que sea precisamente este sujeto —proveniente de los bosques de Monserrate y portador de una carga criminal inabarcable— quien se constituya como el punto de anclaje mediante el cual los discursos lo tornan visible y posible de ser nombrado.

ISBN: 978-958-5198-35-7

